

ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL ARTE

Director: SR. BARÓN DE LA VEGA DE HOZ. — Calle de Recoletos, 12, pral.

Exposición de Hierros Antiguos Españoles

LA Exposición de Hierros Antiguos Españoles celebrada este año por nuestra Sociedad ha venido a romper la serie de manifestaciones, fina y delicadamente preparadas, en las que, dentro de un marco de aristocrática elegancia, se fueron dando las más sabias y erúditas lecciones de la historia de la civilización y cultura de nuestra España.

La rudeza de una primera materia que exigía unas manos vigorosas, regidas por un espíritu fuerte; la monotonía del color; las proporciones de muchos de los ejemplares, que fueron labrados, más que para decorar las reducidas dimensiones de un salón donde lucieran sus galas las damas de la época, para limitar los espacios inmensos de un templo, donde todo recordase a nuestro espíritu la grandiosidad de Dios, exigieron una preparación del local en salones amplios, con decoración severa y escasa, sobre la que no resultase un contrasentido la silueta de un candelabro o la trabazón paradójicamente monótona y complicada de una reja.

Esta labor de presentación en materia tan poco armonizable con los elementos decorativos corrientes; la dificultad de sostener para cada ejemplar el ambiente propio para el que fué labrado, evitando, sin embargo, los contrastes rudos o demasiado fríos, fué, sin el menor género de duda, uno de los más difíciles éxitos de mi buen amigo el Conde de Casal, que logró dar a los conjuntos, necesariamente grandes y complejos, expuestos a la plena luz de un mes de julio madrileño, toda la vida, todo el calor y toda la

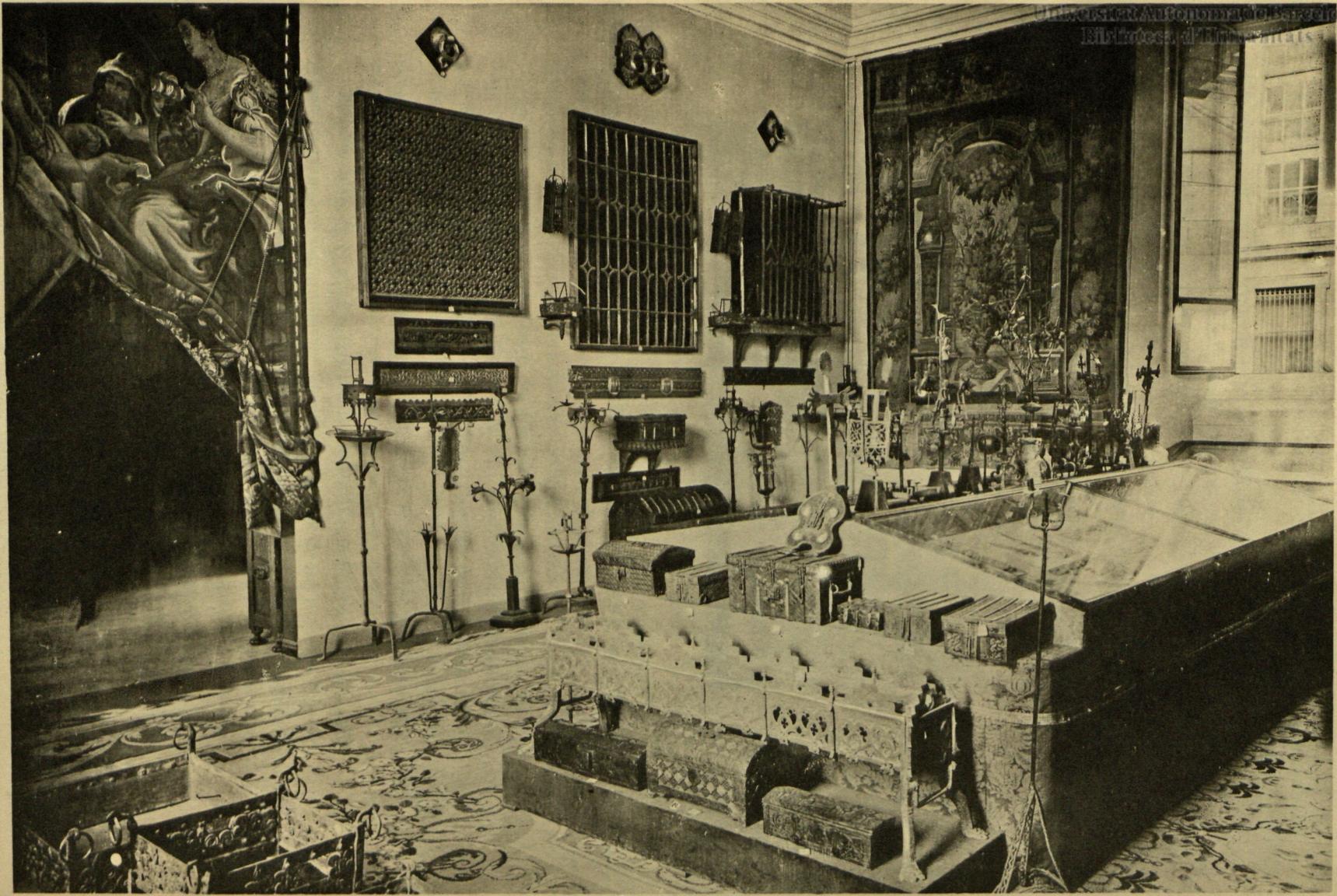
simpática alegría de aquellos reducidos departamentos, iluminados con luz artificial, de un refinado gusto cortesano, que fueron el tablero donde exhibieron sus ejemplares las tres últimas Exposiciones.

La difícil misión que se ha impuesto a sí misma nuestra Sociedad exigía que se celebrase esta Exposición de Hierros; y precisamente porque las colecciones particulares no estaban suficientemente estudiadas, mientras talleres modernos se lanzaban por senderos poco trillados, era preciso dar un conjunto de tipos, de ejemplares y de modelos suficientes en cada caso para marcar una ruta cronológicamente definida. Por eso la Exposición debía comprender la historia toda del trabajo del hierro en España, mostrando unas veces los modelos fundamentales, eligiendo otras los de carácter popular: que si por una parte era extraordinariamente interesante conocer el límite de lo que supieron hacer nuestros herreros, debíamos, por otra, dar la sensación de lo que fué la vida y la cultura en cada época de la Historia.

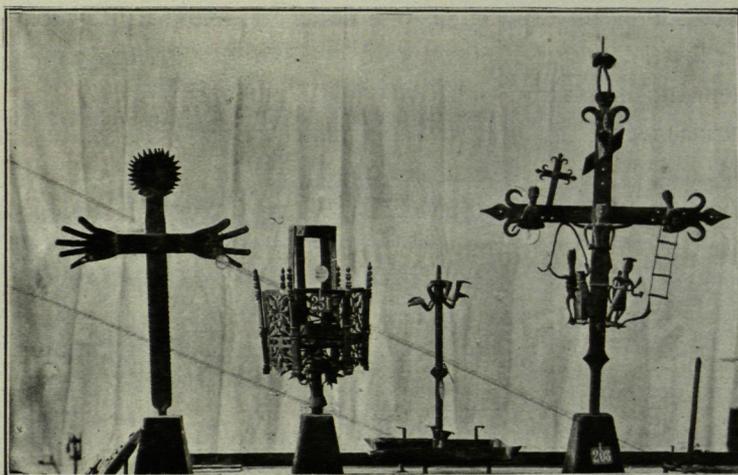
No era empresa tan sencilla la que dejamos apuntada, y mucho más no contando en este caso, como en algunas Exposiciones ocurre, con una colección base, a la que se agrega un número más o menos grande de piezas sueltas; fué preciso, en la mayor parte de los casos, solicitar los objetos uno a uno, y hasta en determinados ejemplares conquistarlos, no siempre con el mejor éxito, como puede patentizarlo, entre muchos, el famoso tenebrario de la Catedral de Jaén, que no logramos presentar en nuestra Exposición, a pesar de las repetidas gestiones emprendidas para conseguirlo y del interés que en ello puso el distinguido escritor y cronista de Jaén don Alfredo Cazaban. La personalidad y el entusiasmo del Sr. Marqués de Comillas lograron en este sentido las más interesantes cooperaciones, y su eficaz y valiosa intervención, unida a la constante y acertada labor de D. Joaquín Enríquez, fueron palanca que movió las resistencias más lejanas y menos conocidas, logrando reunir en nuestra Exposición un número de ejemplares que muy difícilmente han de volver a verse juntos.

Por lo dicho puede comprenderse cuál fué el deseo que guiaba los actos de esta Junta organizadora. Las Exposiciones de los Amigos del Arte han ido adquiriendo sucesivamente mayor transcendencia en el país; los catálogos se consultan, se estudian y hasta se discuten, y la misión de nuestra Sociedad, igualmente en artes puras que en artes aplicadas, es cada día más francamente directiva, siendo preciso corresponder a ese movimiento social, que exige, y ha de exigir cada vez más, trabajos y sacrificios.

Estudiado el problema con un poco de detalle por la Junta organizadora, se reconoció bien pronto la imposibilidad de lograr, con sólo la Exposi-



ción, dar la sensación completa de lo que fué la industria del hierro, porque muchos de los ejemplares fundamentales descansan en los muros y en las capillas para los que fueron labrados; y fué entonces cuando se tomó el acuerdo de publicar un libro donde se recopilasen para su estudio todos estos monumentos de nuestra historia, completando esta labor con la pu-



Cruz de término del siglo XVII, candelero del XVI, candelabro del XIV
y cruz de término del XV.

(Fot. Casa Lacoste.)

blicación de las ordenanzas, fueros, disposiciones y hasta noticias que pudieran dar una idea de cómo fué desarrollándose la industria.

También por eso, y a riesgo de aparecer monótono y pesado, se ha dispuesto la reproducción gráfica de la casi totalidad de los ejemplares que figuraron en la Exposición en el catálogo extenso de la misma, donde se ha creído necesario también dar unas ligeras nociones de la evolución de las técnicas y de las modas, materia hasta el presente prácticamente inédita.

Inspirándose en el mismo criterio, se ha dado a la Exposición una amplitud francamente desproporcionada en ejemplares de las primeras épocas del hierro. Era frecuente repetir que los orígenes de su industria se perdían en «la noche de los tiempos»; y como las más sencillas investigaciones de las épocas prehistóricas demuestran precisamente lo contrario y dan para estos orígenes del hierro en España fechas bien concretas y definidas, no anteriores al siglo VIII antes de Jesucristo, valía la pena de sentar esa afirmación, dando de paso un conjunto lo más completo posible, no tan sólo

del estado de adelanto de la siderurgia en aquellos días, sino de la vida y de la cultura de entonces.

En aquellos días, igualmente que en los presentes, la preponderancia de los pueblos, y, como consecuencia, su comercio y su industria, se hallaba íntimamente ligada a su supremacía militar, las armas, cuyo estudio detenido a través de los tiempos ha de ser motivo, por parte de la Sociedad, de una atención especial distinta de la que ahora le ha cabido. Las armas de los tiempos de Hallstatt y de la Tene, por curiosa excepción y como elemento demostrativo de toda la cultura y civilización de sus siglos, figuraron en nuestra Exposición, junto con los primeros elementos de labranza, de ornato o de servicio.

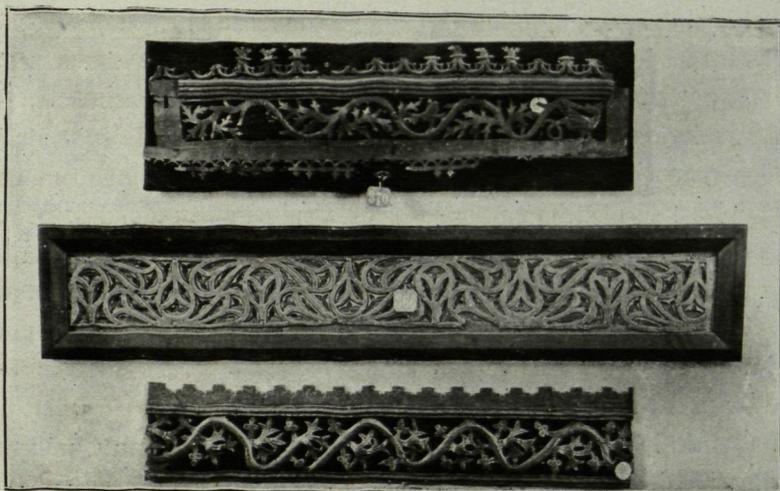
Dió lugar esta resolución de la Junta a que fueran admirados por un público de curiosos y por gran número de eruditos y especialistas, ejemplares del mayor interés arqueológico, presentados por los Sres. Marqueses de Cerralbo y de Comillas, seleccionados cuidadosamente y clasificados por mi buen amigo el competentísimo arqueólogo D. Juan Cabré, a quien tanto debe esta Junta por su abnegación y entusiasmo. Las piezas presentadas por el Sr. Morenas de Tejada, algunas de excepcional rareza, completaron esta sección, que en realidad era el prólogo de toda una historia de herreros y forjadores que se desarrolla después en los ejemplares expuestos. La perfección y las características del trabajo en una parte considerable de piezas hacían su estudio realmente interesante, teniendo en cuenta siempre el estado de la siderurgia en su tiempo, habiendo sido trabajadas las piezas exclusivamente por forja.

La época romana aparecía representada en la Exposición por ejemplares todos ellos de carácter marcadamente utilitario. En aquel tiempo los elementos decorativos hechos en metal se labraron en bronce, pero no en hierro, y la industria se desarrollaba de un modo sorprendente, a juzgar por las organizaciones creadas: colegios de herreros, mercaderes intermedios y hasta legislación; pero siempre dentro del mismo aspecto servil, exento de toda ornamentación, con formas y dimensiones exactamente necesarias al uso a que la pieza se destinaba, según el criterio de aquel tiempo.

No puede garantizarse que todas las piezas clasificadas como de la época romana pertenezcan realmente a ella: ni los ejemplares celtibéricos, por una parte, ni los visigodos y aun los románicos, por el extremo opuesto, se diferencian fundamentalmente de los distintos tipos usados en España durante el período colonial. Los primeros arados romanos, por ejemplo,

ARTE ESPAÑOL

son idénticos a los celtibéricos, y los últimos tipos se han perpetuado incluso hasta la Edad Moderna; y como la primera materia, el hierro, no modifica su metalurgia hasta el período románico y aun gótico, tiempo en el cual las llamadas forjas catalanas van extendiéndose desde el Pirineo por todo el país de Norte a Sur, es muy difícil, y aun ello exigiría en cada caso un análisis micrográfico, diferenciar piezas romanas de otras confeccionadas



Frisos de reja góticos de la época de los Reyes Católicos.

(Fot. Casa Lacoste.)

en pleno período medioeval. Por ello es poco menos que imposible hacer una clasificación cronológica en piezas exclusivamente utilitarias, sin nada de decoración, unas pertenecientes a la España romana y otras a la visigoda: el tipo es el mismo, y la primera materia fué obtenida, y después elaborada, exactamente de igual manera.

Una de las curiosas enseñanzas de la Exposición ha sido demostrar que el trabajo, el comercio y el empleo del hierro no se limitaba a las zonas de producción; y ello resulta evidente por la aparición de aplicaciones decorativas, y que por serlo no eran indispensables, que sólo se conciben en localidades donde habitualmente se trabajase el material. Estas aplicaciones se hallan uniformemente en todo lo que eran reinos cristianos en aquel tiempo; y así, encontramos rejas románicas de volutas y ejemplares análogos lo mismo en Zamora que en Segovia y en Cuenca; sin que ninguno de estos puntos fuese centro de producción.

Puede decirse que la Exposición comprendía tres grandes períodos: el

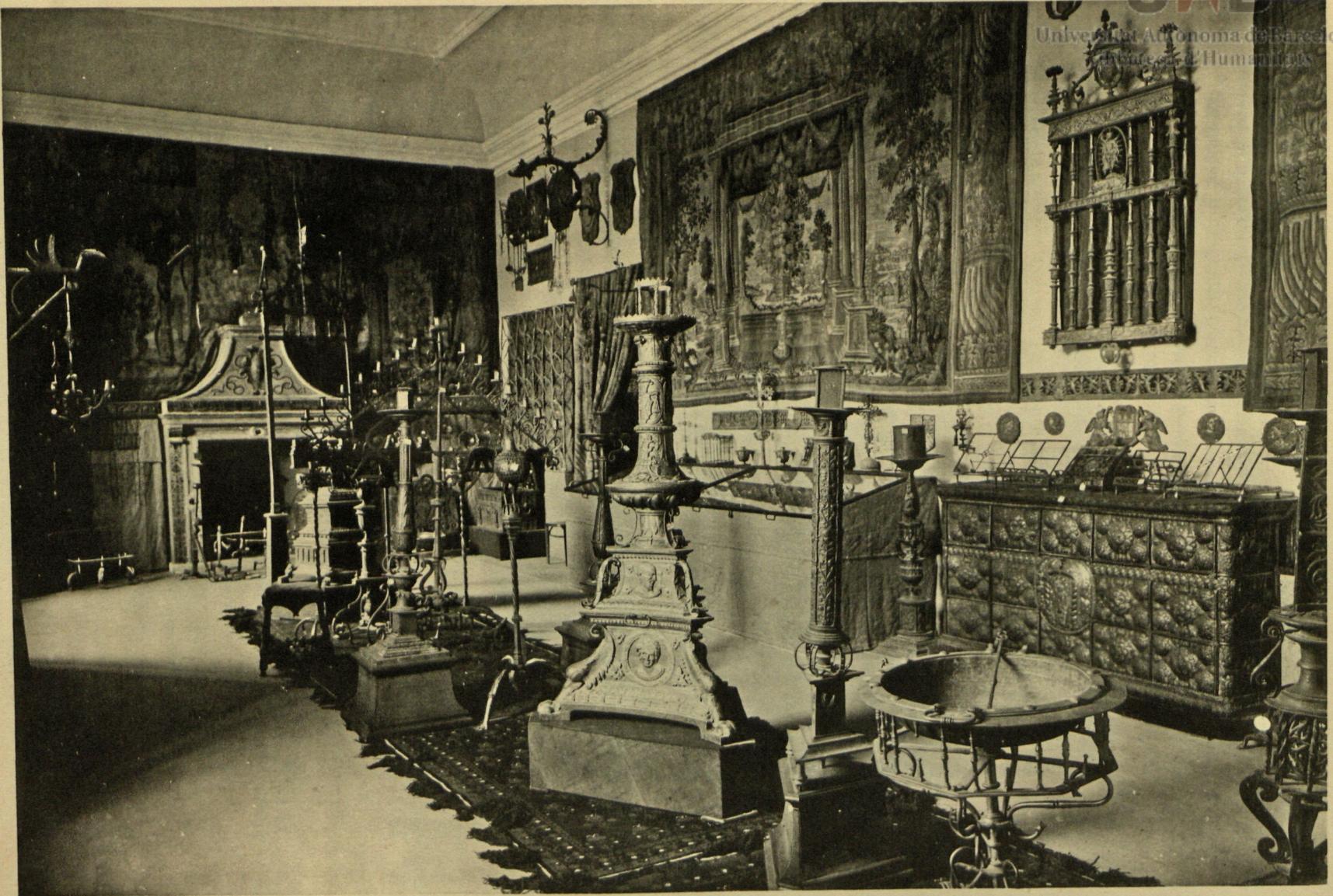
gótico, el renacimiento y la decadencia. El primero es de todos ellos quizás el más lleno de interés; es el tiempo en que el artista trabaja dentro de un ambiente de espiritualidad más sencillo, más puro, más emocionante: se aspira a producir la obra bella por la obra misma; y quizás aumente la sensación que hoy nos producen sus trabajos el misterio personal que los envuelve, pues en todo el período medioeval no existe un solo nombre de artífice que pueda ligarse a un ejemplar: las piezas carecen de firma, y tan sólo al final del gótico, en los días en que comienza la Edad Moderna, encontramos un Juan Francés, un Andino y otros varios que nos dejaron en los años posteriores, con sus trabajos, el recuerdo de su existencia.

La evolución de la moda durante el período gótico es de evidente interés: los candelabros, primero de reducidas dimensiones, luego mayores; las arandelas de plancha en cuatro picos, y más tarde redondas; las técnicas, por fin, de planchas recortadas, realzadas y múltiples, se hallaron en la Exposición en ejemplares maravillosos, de espiritualidad encantadora, estando representadas en ella cada una de las fases de su compleja evolución.

El paso del arte gótico al renacimiento aparecía en los ejemplares más hermosos de los producidos durante los días de los Reyes Católicos: la combinación de las técnicas pasadas, con sus múltiples calados, en varios órdenes de plancha, rellenando los grandes espacios de los ejemplares arquitecturales del renacimiento; toda la serie de tanteos y progresos para llegar a los repujados vigorosos y francos del renacimiento español, formaron un conjunto hermoso y brillante que camina paralelamente a nuestra historia política, hasta llegar en tiempos del Emperador al límite del engrandecimiento.

No fué menor el interés que despertaron aquellas piezas labradas en los años del reinado del Rey, nuestro señor, que fué Felipe II: un estilo cada vez más sobrio, más esquemático, más frío, arrastrado quizás por las tendencias arquitectónicas de la época, se manifiesta claramente, acusando las líneas de las composiciones herrerianas. Y un poco más tarde, la reacción producida por la vida en aquellas Cortes mundanas y ficticias de los Felipes III y IV, en ornamentaciones otra vez ampulosas, mezcladas con motivos geométricos, todo forma, y nada interno ni adecuado.

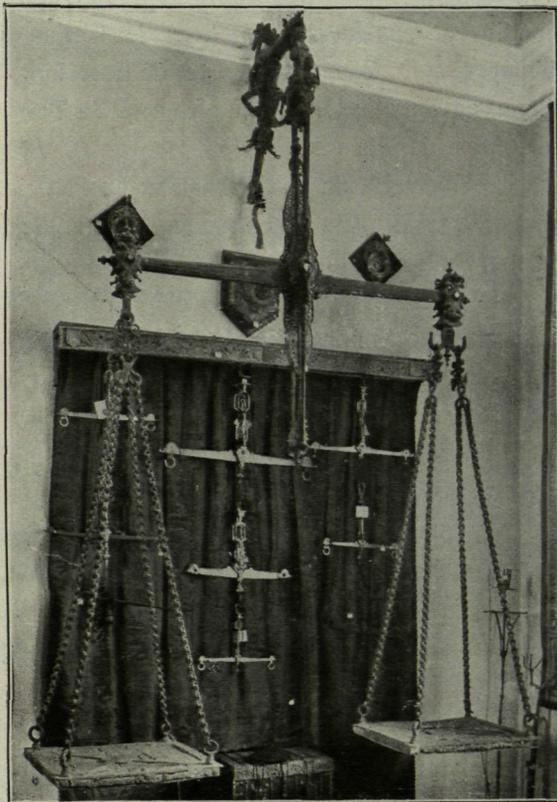
En aquellos finales del siglo XVII aparece en Extremadura una interpretación nueva de formas ornamentales ya olvidadas, las volutas ibéricas y del románico, ahora con la curiosa particularidad de nacer y desarrollarse entre el pueblo. La serie de piezas que corresponden a esta escuela, por



vez primera clasificada como tal, formaron un interesante conjunto, lleno de unidad y de gracia; piezas casi todas de cocina, se colocaron junto a una espléndida chimenea cedida para este efecto por la Excm. Sra. Duquesa de Parcent, y fueron agradablemente dispuestas, como otras muchas, gracias a las atinadas disposiciones de los Sres. Florit y Moreno Carbonero.

Por fin, el siglo XVIII, con sus modelos afrancesados y sus primores de cerrajería, no fué menos interesante que los anteriores, marcando con sus trabajos a cincel, minuciosamente labrados, el camino por donde siguieron los obreros durante los primeros años del siglo XIX; condiciones de trabajo tan definidas y arraigadas, que aun en los años más azarosos de la guerra de la Independencia encontramos labores tan delicadas y complejas, que seguramente serían atribuidas por cualquiera a épocas tranquilas, de bienestar y riqueza en el país que las produjo.

Como en Exposiciones anteriores, visitaron y estudiaron sus salones multitud de curiosos, de eruditos, de artistas y de profesionales. En este punto vió la nuestra un caso poco frecuente en España: el gremio de herreros cerrajeros de Barcelona, cuya institución arranca de mediados del siglo XIV, y que en la actualidad constituye uno de los elementos de producción más cultos y más florecientes de la capital del Principado, hizo una visita colectiva detenidísima a nuestra Exposición, analizando detallada-



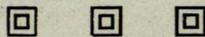
Instalación de balanzas. En primer término, la de la Maestranza de Artillería de Sevilla.

(Fot. Casa Lacoste.)

mente pieza por pieza, discutiendo técnicamente procedimientos, mecanismos, acoplamientos y disposiciones, con todo el entusiasmo y el conocimiento que suponía su personalidad competentísima.

Tal ha sido nuestra labor en este año; una labor realizada por todos mis compañeros de Comisión -- y a la que han cooperado, cada uno en la medida de sus fuerzas, los Sres. D. Carlos de Bofarull, D. A. Durán y Sampere y D. Eduardo Sagarra, de Barcelona; D. Rafael Ramírez de Arellano, de Toledo; D. Enrique Romero de Torres, de Córdoba; D. Ricardo del Arco, de Huesca; D. Francisco de P. Valladar, de Granada; D. Domingo Guerrero, de San Sebastián; D. Francisco Tettamancy, de La Coruña; D. Emilio García Grediaga, de Aranjuez; D. Julio Altadill, de Pamplona; D. Bonifacio Díez Montero, de Burgos; D. Juan Jiménez de Aguilar, de Cuenca; Sr. Marqués de Mascarell, de Valencia; D. Pablo Pérez Costantí, de Santiago; D. José Rodao, de Segovia; D. Saturnino Rivera, de Valladolid; D. Miguel Bravo, de León, y otros que en este momento sentimos no recordar -- con el entusiasmo y la abnegación de quienes tienen el más íntimo convencimiento de trabajar por el esclarecimiento de nuestra historia de las artes industriales en uno de sus aspectos más culturales, y que demuestran con la evidencia más absoluta que la España del pasado fué, en las artes aplicadas a la industria, la Italia del renacimiento.

PEDRO M. DE ARTIÑANO.



APUNTES DE ICONOGRAFÍA REAL

Retratos de Carlos I de España
y V de Alemania

III

MINIATURAS.

Es la miniatura una de aquellas producciones con que el ingenio humano quiso subsanar las dificultades de toda otra manifestación que fuera más caduca. Deseó por ella reproducir impresiones recibidas y legarlas a los demás. Desde que el hombre conoció — como con precisión exactísima dice Balmes — que la palabra no le bastaba para eternizar sus ideas y sensaciones, por ser un signo limitado por el espacio y el tiempo, ya porque, de una parte, la voz no se oye más que a corta distancia, y de otra, porque el sonido sólo dura los breves instantes de la pronunciación, puso interés en hallar formas que suplieran la realidad con la semejanza; y si por eso inventó primero la escritura, también más tarde le sirvió el dibujo para obtener la perpetuidad de lo visto y medido, entregando por tal camino a lo futuro los hechos, intentando, al hacerlo, la mayor exactitud y fidelidad.

Y una de las formas empleadas para sobrevivirse y conservar la memoria de lo pasado fué la miniatura, distinguiéndose en el empleo de este medio de perpetuar la cultura (1) la Orden Benita, a la que el Prior Gunies



Fig. 49.

(1) Pacheco y de Leyva (Enrique), *Historia de los medios que ha usado el hombre para conservar su cultura*; Madrid, 1908; pág. 22.

impuso la obligación de la copia bajo estas palabras: «*Inmortal es la obra del copista; transcribir manuscritos es la tarea que más se adapta a religiosos letrados. Enseñamos a leer entre nosotros por anhelo de conservar los libros como eterno pasto del alma*» (1). De los cenobios y monasterios de los benedictinos pasó la faena de la copia, enriqueciéndola con dibujos y orlas en color de gran belleza y minuciosidad, a las Órdenes de los premostratenses cartujos y cistercienses, si bien éstos cultivaban más la agricultura (2); y de ellas, este espíritu de conservar e ilustrar los manuscritos, después de nacidas las mendicantes, a los jerónimos, entre otros (3).

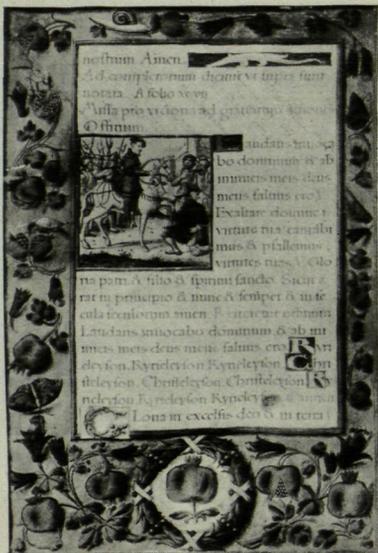


Fig. 50.

Por los primeros y por los últimos se estableció el nexo que existe y conocemos entre las producciones y el saber antiguo con los posteriores tiempos de la Edad Media y Moderna.

En el siglo XV y primeros años del XVI las obras miniadas eran muchas y ricas, y reyes, príncipes, papas, prelados y señores procuraban obsequiar con libros miniados, o adquirirlos para enriquecer sus ricos tesoros bibliográficos.

Calcúlese por esto que si han sido grandes las dificultades vencidas para juntar algo de cada una de las secciones

en que se ha dividido este trabajo, mayores han sido las que ha habido que vencer en ésta, que trata de los retratos miniados, y fácilmente se advinará que así es, no sólo por lo dicho, sino al tener en cuenta que en ejecutorias y privilegios en poder de personas desconocidas existe un gran número de retratos Reales, y no es de presumir que no los haya del Emperador, cuando alguno que se conserva en fondos nacionales lo viene a declarar.

(1) Cantu (César), tomo VII, *Paleografía*.

(2) Redonet y López Dóriga (Luis), *El trabajo manual en las Reglas monásticas*; discurso leído en el acto de su recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 19 de enero de 1919; Madrid, 1919; págs. 118 a 127.

(3) Tormo y Monzó (Eliás), *Los Jerónimos*; discurso leído ante la Real Academia de la Historia en el acto de su recepción el día 12 de enero de 1919; Madrid, 1919; págs. 40 a 44.

ARTE ESPAÑOL

En efecto: aquellos obstáculos señalados para encontrar los retratos contemporáneos y pintados por grandes maestros, y también las estampas que se hicieron de Carlos, crecen de punto, poniéndole al investigador en camino del fracaso, cuando intenta reunir los miniados, puesto que no dejarán de ser curiosos, y acaso los más notables, aquellos ignorados que posean en ejecutorias, privilegios o libros preciosos las familias antiguas no bastardeadas ni extinguidas en su línea directa de linaje, o alguna de esas a quienes aun no ha llegado la hora de que sus colecciones sean conocidas por los cultivadores de estos estudios.

Escasa noticia hay de los documentos miniados heráldicos o en que se daban mercedes sin nobleza, y menos de aquellos que existan en catedrales e iglesias o que guardaron los monasterios, así de los de España como de los de Flandes o América, donde es seguro que, al erigirse en tiempos de Carlos I la mayor parte de ellas y de sus diócesis (1), pasase a las mismas la Real cédula orlada y con la efigie y armas del Monarca; porque motivo hay para pensarlo así, cuando esto se encuentra en otras concesiones de menos importancia y en documentos de menor conmemoración.

Por todo esto se comprenderá la importancia que tiene haber llegado a poseer los ejemplares que presentamos, tal vez expresión la más importante respecto a la *calidad*, pero, sin discusión, la más insignificante tocante al *número*.

Al lado de todo esto hay que advertir que muchos no entienden por miniatura más que el retrato hecho en esta forma del siglo XVIII al XIX. El especialista Sr. Ezquerro del Bayo no incurre en esta absurda concepción y clasificación. Nos dice en la introducción de su *Catálogo general de la Exposición de la Miniatura-retrato en España* lo que sigue: «Si nació en tiempos pretéritos en la paz de los monasterios y sirvió para simbolizar los dogmas de la Iglesia, también fué consuelo de ausentes en períodos agitados, legándonos siempre el mejor documento del traje, pues sobre la estampa o el figurín, con frecuencia producto de la imaginación, tiene la autenticidad de lo vivido, la ventaja de la historia sobre la novela. Sus épocas de mayor florecimiento varían según los diferentes países; pero, en general, puede afirmarse fueron los siglos XV y XVI y desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta el segundo tercio del XIX» (2).

Es extraño que este autor, alma competentísima de la referida Exposi-

(1) Hernáez (F. J.), *Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas*; Bruselas, 1879.

(2) *Exposición de la Miniatura-retrato en España*; Madrid, 1916.

ción, no incluyera en ella ni un solo retrato de Carlos, cuando no faltaba alguno que presentar, como se verá. En la clasificación *Pequeños retratos al óleo*, casi se comprende; pero en modo alguno en la que llama *Manuscritos y vitelas*, toda vez que en la Nacional, en El Escorial y en Valladolid

se encuentran ejemplares que bastan por sí solos para honrar un concurso.

Tenemos, por tanto, por *miniatura* lo mismo lo hecho en los siglos XIV al XVI, como lo ejecutado del XVIII al XIX; y dejando todo lo que, sin intención de que lo sea, pueda parecer sospechoso de controversia, pasamos a estudiar brevemente las *miniaturas* que se dan a conocer en este artículo.

Pertencen las más señaladas a la Biblioteca del Escorial, y otras no menos importantes a la Nacional de Madrid, contándose luego alguna que otra extranjera, ya reproducidas, o bien inéditas que he logrado conocer.



Fig. 51.

Sobre las pertenecientes a aquélla he tenido presente lo que dice de los códices que las contienen el sabio agustino P. Guillermo Antolín en su monumental obra, muy elogiada por la crítica de los más competentes, titulada *Catálogo de los códices latinos de la Real Biblioteca del Escorial* (1), en cuyo volumen IV nos presenta los códices miniados y la noticia más cabal de cada uno.

Que a la Biblioteca del Escorial fuese a parar el caudal magnífico que se guarda, nada tiene de extraño, toda vez que el Rey Felipe II quiso hacer de ella una tan notable como la Vaticana y las más renombradas de Italia (2) y de otras naciones.

(1) Volumen IV. (S. I. 1. — Z. IV. 22. — Vitrinas. — Índice de materias. — Índice de miniaturas.) Madrid, 1916. Don Rufino Blanco publicó primero en *El Universo* una breve reseña de los códices de las vitrinas del Monasterio, que luego, y con las correcciones que hizo dicho sabio agustino, pasó a ser *Catálogo de la Exposición permanente de códices de la Biblioteca del Escorial*, en un opúsculo de 29 páginas que se titula *Una visita a la Real Biblioteca del Escorial* (Madrid, 1913).

(2) Pacheco y de Leyva (Enrique), *Breves noticias sobre los Archivos de Italia*; Madrid, 1916.

Del origen de esta fundación nos da relación el citado y glorioso agustino en el volumen I y en su *Conferencia sobre La Real Biblioteca de Escorial*, pronunciada en el II Congreso Nacional de las Artes del Libro (1).

El P. José Sigüenza (2), uno de los pocos jerónimos dignos de sincera alabanza, primer bibliotecario del edificio alzado para conmemorar la batalla de San Quintín (3), nos da a conocer la primera fuente de este fondo. «El fundamento — dice — y principio fué la misma librería del Rey D. Felipe II, nuestro fundador, compuesta de más de cuatro mil cuerpos de libros, todos, o los más, originales y exquisitos, de hebreo, griego y latín, y en castellano, toscano, portugués y valenciano, de todas facultades, que tenía en su Palacio, en que muchas veces se holgaba de leer, y se entretenía el tiempo que le quedaba de tantas y tan grandes ocupaciones en ejercicio tan importante a los Reyes...; y quedaron en la librería para dar cimiento y servir como de nidial a tan feliz número como en ella se han juntado.»

Se unió a ese tesoro la librería de Gonzalo Pérez, padre del famoso secretario Antonio; la de Honorato Juan, Obispo de Osma, maestro del Príncipe D. Carlos. De París remesaron libros los Embajadores Francés de Álava (4) y Diego de Zúñiga (5); desde Amberes los mandó Arias Montano; y al morir el famoso cronista Páez de Castro, a fines de marzo o primeros de abril de 1570 (6), se compró su biblioteca (7).

La de Antonio Eparco y la de Mateo Dandolo se adquirieron en Venecia por el representante de España Diego Guzmán de Silva, y en España encontró mucho que sumar Ambrosio Morales, comisionado para ello. Agregóse a este fondo la que fué de Alfonso V de Aragón y poseía el Conde de Luna, la del Obispo de Plasencia D. Pedro Ponce de León y la donada por Diego Hurtado de Mendoza, más la del jurisconsulto Arzobispo de Tarragona Antonio Agustín.

Toda esta riqueza, como la que se incorporó después, pasó a la direc-

(1) Madrid, 1913.

(2) *Vida de San Jerónimo*.

(3) 11 de agosto de 1571.

(4) Fué nuestro representante en París de 1563 a 13 de noviembre de 1571. Paz (Julián), *Archivo general de Simancas, Catálogo IV, Secretaría de Estado, Capitulaciones con Francia, etc.*, páginas 675 a 697; Madrid, 1914.

(5) Estuvo en la Embajada del 6 de mayo de 1572 al 20 de agosto de 1577. Paz (Julián), *idem id. id.*, págs. 698 a 703.

(6) Morel-Fatio (Alfredo), *Historiographie de Charles-Quint*; París, 1913; pág. 91.

(7) Fraile Miguélez (Manuel), *Catálogo de los códices españoles de la Biblioteca del Escorial: I, Relaciones históricas*; Madrid, 1917.

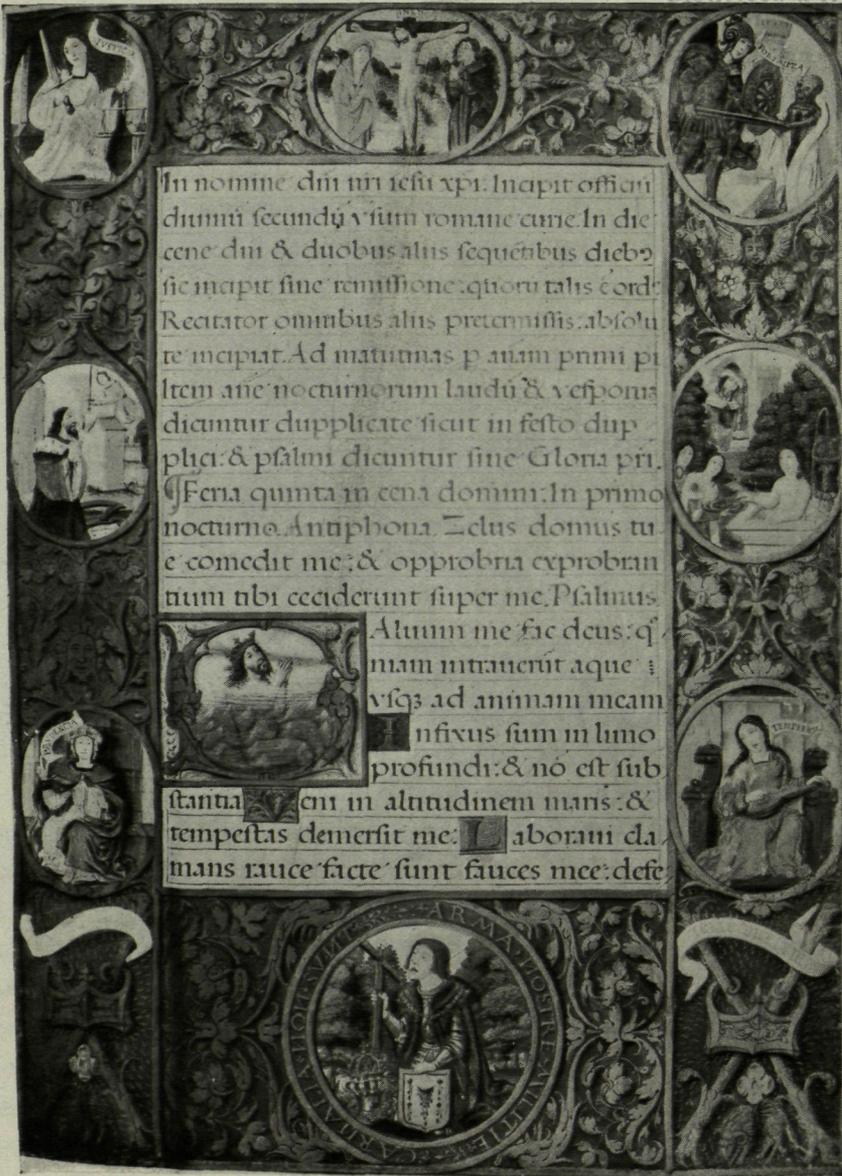


Fig. 52.

ción de los agustinos en el reinado de Alfonso XII; y prueba de lo que se han interesado por responder al gran honor que se hacía a su Orden ha sido, no sólo lo hecho por el P. Antolín y por su subordinado el ya citado padre Fraile Miguélez, y lo que prepara el P. Pedro Blanco, y lo que hizo el padre Eustasio Esteban, en tiempos bibliotecario, sino de lo que da fe incontes-

table el P. Zarco Cuevas en su *Catálogo biobibliográfico de escritores agustinos de El Escorial (1885-1916)* (1).

Distribuidos en seis vitrinas hay veinticuatro códices miniados, extraordinariamente singulares. Según la relación de D. Rufino Blanco, contiene la primera los notabilísimos de la *Biblia* latina del siglo XIV que a Felipe IV regaló en 1662 el Arzobispo de Tarragona; *Le Jouvencel*, novela de Juan de Bréuil, del XV, obsequio que hizo a Felipe II Alonso de Zúñiga; y con otros, la *Historia Natural* que perteneció a Alfonso V de Aragón y Nápoles y a Carlos I.

Del famoso *Breviarium Caroli V Imperatoris*, expuesto también en esta vitrina, son las láminas miniadas que se presentan. Todo él está miniado, con páginas orladas e iniciales y capitales en oro y colores.

El P. Antolín describe cada una de las láminas en el índice de miniaturas, y de la primera que aquí se presenta dice: «Folio 1 v. El Nacimiento de Jesús en el portal de Belén. La Virgen y San José adorando al Niño; los ángeles anunciando a los pastores el nacimiento de Jesús; los pastores adorando al Niño. En la orla, en la parte inferior, en un círculo, Carlos V adorando» (2). (Fig. 49.)

El ilustre bibliotecario del Escorial escribe acerca de la segunda lámina que se da a conocer: «Folio 165 v. Los moros entregando al Rey D. Fernando de Castilla las llaves de la ciudad de Granada» (3). Profunda admiración y grandísima autoridad concedo al P. Guillermo; pero respetuosamente me permito decirle que esto, a mi parecer, no es así. Dedicado todo el *Breviario* al Emperador, y encontrándose en las principales láminas su retrato, no encuentro razón para suponer que es Fernando V un personaje que tiene toda la cara de Carlos I; y creo que lo que se representa no es la entrega de las llaves de la ciudad de Granada, sino las de la fortaleza de Túnez. (Fig. 50.)

Pertenece la tercera al mismo libro religioso (fol. 183 v.), y es la escena de la adoración, con el propio hijo de Juana y Felipe. Al pie de la orla, y dentro de un medallón formado con el Toisón de Oro, están las armas del César en precioso y detalladísimo escudo. (Fig. 51.)

Espléndida es la orla de nuestra cuarta miniatura, que es el folio 2 del segundo volumen. El P. Antolín dice de ella: «Folio 2. *Inicial*: el Rey David en las aguas. En la orla: la Crucifixión. A los lados: la Virgen y San

(1) Madrid, 1917.

(2) Volumen IV, pág. 596.

(3) Ídem *id.*, pág. 597.



Fig. 53.

Juan: símbolo de la Fortaleza; David viendo bañarse a Betsabé: símbolo de la Templanza; Carlos V con la Santa Cruz: símbolo de la Prudencia; un ángel se aparece a David, anunciándole el castigo: símbolo de la Justicia» (1). (Fig. 52.)

En el tercer volumen hay dos retratos: uno, indiscutible; el otro, dudoso. De uno y otro el autor tantas veces citado pone lo siguiente: «Folio 1 vuelto. La Ascensión de Jesús a los cielos. En la orla: en la parte inferior, en un círculo, Carlos V orando; en los ángulos de arriba: en uno, el Rey David, y en otro, un personaje bíblico.» Ésta es nuestra quinta reproducción. (Fig. 53).

En este mismo volumen hay otro retrato. Da cuenta de él el P. Antolín del siguiente modo: «Folio 134 v. *Inicial*: un emperador (Carlos V?) entregando un copón a unos guerreros.» Miniatura que no reproducimos.

Pero del cuarto volumen, si bien dejamos el que aparece en la orla del folio 128, publicamos el del folio 1 vuelto, que describe así el bibliotecario del Escorial: «San Juan Bautista predicando. En la orla, en la parte inferior, en un círculo, Carlos V.» (Fig. 54.)

Todas estas láminas están hechas sobre pergamino en el siglo XVI. El P. Antolín no precisa el autor o autores de tan preciosos ejemplares (2). Por nuestra parte, nada hemos podido averiguar sobre ello.

Las firmas y medidas de cada uno de los cuatro volúmenes son las siguientes: El primero mide 290 por 205



Fig. 54.

(1) Volumen IV, pág. 599.

(2) Ídem id., págs. 269 a 272.

milímetros, tiene 240 folios, y su signatura está en el III, B. 3. — III, e. 1. — III, IV, 11. El segundo (III, B. 4. — III, e. 2. — III, IV, 18) tiene 229 folios y mide 295 por 205 milímetros. El tercero consta de 170 folios, con las dimensiones de 290 por 200 milímetros; su encuadernación, como la del anterior, es mudéjar, de corte dorado y cincelado, y su clasificación corresponde a III, B. 6. — III, e. 4. — III, IV, 20. El cuarto no pasa de los 136 folios y es del mismo tamaño que el que le precede, con idéntica encuadernación. Son sus números de registro III, B. 5. — III, e. 3. — III, N. 19.

No son éstos los únicos retratos que existen en los códices expuestos en las vitrinas. En el *LIBER TRIAM OFFICIORUM ex Salomone secundum usum Caroli V Imperatoris*, en pergamino, hecho el año 1520, con 37 folios, con una dimensión de 270 por 180 milímetros, encuadernado con el águila varias veces estampada, y con corte dorado, figura el Emperador en los folios 17, 19, 22, 23, 26, 26 vuelto, 29 y 32.

Tan notable como los anteriores, y acaso más por la exactitud del retrato, es el que aparece en *HISTORIA ORIGINIS ET SUCCESSIONIS regnorum et imperiorum a Noe usque ad Carolum V ab OTTONE CARDINALI ET EPISCOPO AUGUSTANO*, de cuyo códice y de sus siguientes tomos nos da justa noticia el célebre y tantas veces nombrado padre agustino. El texto de esta obra es latino y alemán, y por contener en los folios 176 vuelto a 180 un elogio a Carlos I que está inédito, no sólo reproducimos las miniaturas que le corresponden, sino la versión castellana que se ha hecho del mismo, que es interesante:

ELOGIO A CARLOS V

TOMADO

DEL

CÓDICE Ms. ESCURIALENSE

TITULADO

[*HISTORIA ORIGINIS ET SUCCESSIONIS REGNORUM ET
imperatorum a Noe usque ad Carolum V ad*

OTTONE CÁRDINALI ET EPISCOPO AUGUSTANO.]

Cód. en papel; siglo XVI; 191 fols.; 500 × 300 mm.

[fols. 176 v. a 180 del mismo.]

Escrito y miniado por Juan Tiróls.

Texto en latín y alemán en el original.

Es el ejemplar ofrecido a Felipe II.

Encuadernación de la Biblioteca del Escorial, corte dorado y cincelado.

Sigt. aut.: I, e. 10 (1).

(1) Antolín (Guillermo), *Catálogo de los códices latinos*, tomo IV, págs. 283 y 284.

[LÁMINA I. — FOL. 176 V.]

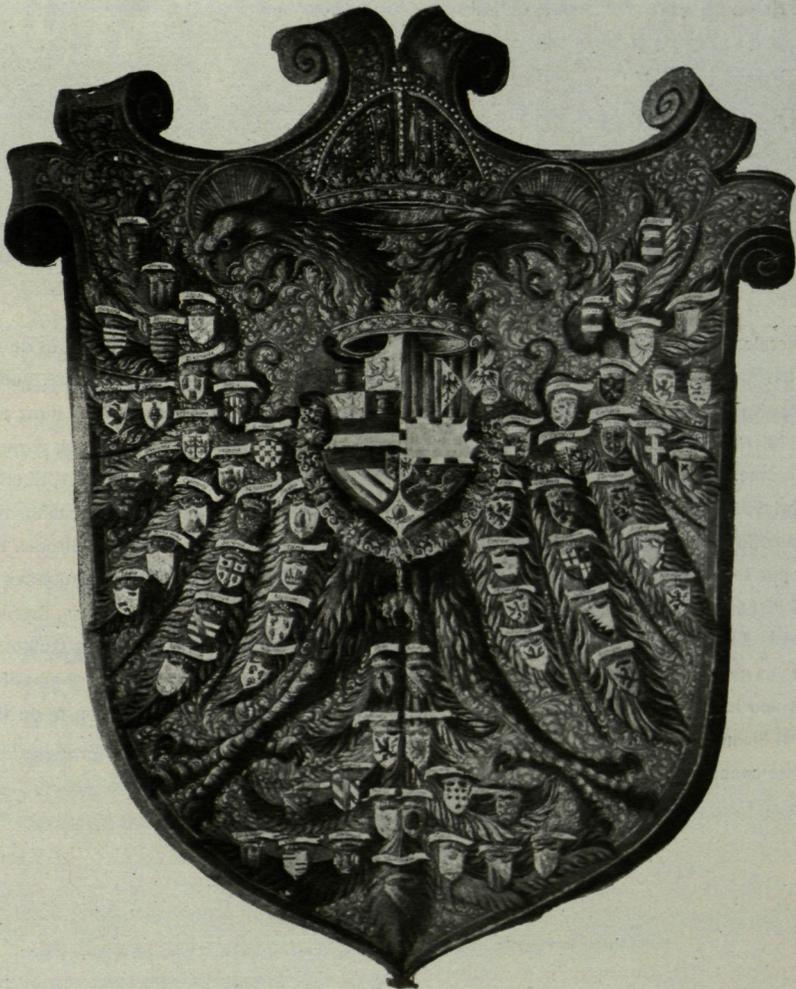


María Manuel, esposa de Felipe, Rey de España. — Isabel, por gracia de Dios Rom. Emp., Reina de las Españas, mujer de Carlos Quinto. — Felipe, Príncipe de las Españas, Archiduque de Austria. — El invictísimo Carlos.

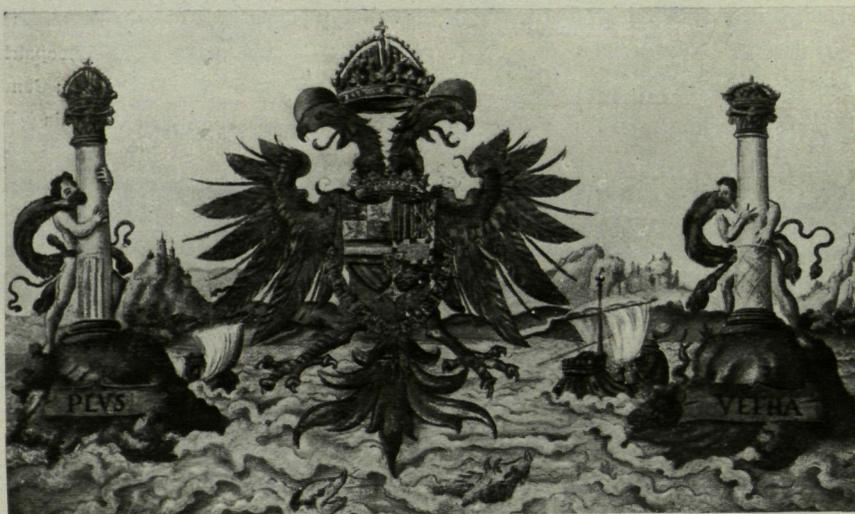
Carlos V, hijo de Felipe, sucedió a Maximiliano en el Imperio. Además de las dotes de fortuna y valor, alcanzó sus mayores éxitos en la guerra y en la paz; venció a Francisco, Rey de Francia, y rechazó a los turcos de Viena.

Carlos Quinto, Emperador romano, nació en la ciudad de Gante, en Flandes, el año de Cristo de 1500 justo. Fué elegido por unánime consentimiento de todos los príncipes electores el mes de julio del año 1519. Coronado en Aquisgrán el año 1521. Se casó en la ciudad hispana que se llama Sevilla el día 3 de marzo del año 1526.

CARLOS QUINTO, por el favor de la divina clemencia siempre augusto Emperador de los Romanos; Rey de Alemania, de Castilla, de Aragón, de León, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de Algarbe, de Gibraltar, de las islas Canarias y de las islas Indias y de Tierra firme, del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Lotaringia, de Brabante, de Estiria, de Carantia, de Carniola, de Limburgo, de Gelves, de Witemberg, de Calabria, de Atenas, de Neopatria; Conde de Hapsburgo, de Flandes, de Tirol, de Goritia, Barcelona, Artesia, de Borgoña; Conde Palatino, de Holanda, de Celandia, de Tirretis en Kiburgo, de Namur, Rosellón, Cenitania y Zufania; Landgrave de Alsacia; Marqués de Burgenia, de Oristán, Gocián y del Sacro Romano Imperio; Príncipe de Suavia, de Cataluña, de Asturias; Señor de Frisia; Marqués de Eslovenia, de Port Naoóns, de Vizcaya, de Molina, de las Salinas de Trípoli y de Mesina, etc.



[LÁMINA III. —FOL. 177 V.]



Hércules es celebrado en Grecia como el más esclarecido de sus hombres. Después de muchos hechos heroicos, y de haber combatido, vencido y dominado con valor y bravura muchos reinos, alcanzó tan alto honor y autoridad, que solamente no fué considerado como dios; pero ni fué inferior a nadie, ni entre los reyes y príncipes se ha encontrado alguno que con él pueda compararse. En todas las partes de Grecia hizo la paz, auxilió a príncipes y ciudades, libertó a los oprimidos, rechazó a los enemigos, impuso tributos tolerables a los que de él habían recibido auxilio y libertad, reprimió a los piratas, aplacó los mares, dominando su monstruosa bravura, por lo cual pudo llegar con sus naves a Italia y España, poniendo en los confines del litoral hispano y africano dos grandes montañas como signo perpetuo de su memoria, llamadas columnas de Hércules, cuyas columnas tiene en sus blasones la majestad de Carlos Quinto, en las cuales se ven las palabras *Plus ultra*, indicando que intentaba dilatar, propagar y amplificar el Romano Imperio. Justamente la fortaleza de Carlos Quinto puede compararse con la de Hércules si fijamos la vista en sus gloriosos triunfos. Dios secunde los intentos de Su Majestad y se digne concederle un éxito feliz.

[FOLIO 178 R.]

TRABAJO IDEADO POR GASPAR BRUSQUI, POETA CORONADO POR CARLOS QUINTO,
ACERCA DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES Y DE LAS HAZAÑAS DE CARLOS QUINTO, EMPERADOR.

Si por acaso contemplas la tartariana Abyla (montaña de la Mauritania)
Y diriges tu vista a la montaña de Gibraltar, que está enfrente,
Te admirarás de que aquel general tebano, hijo de Anfitríon, se acercara a esas columnas, y
mayor será tu admiración de que el César se atreviera a pasar más allá de ellas y a buscar reinos
desconocidos, y de que descubriera nuevas tierras, estados nuevos y nuevas regiones que nin-
guno de los hombres había visto antes. Por esto juntamente llevas, ¡oh Carlos Quinto!, en tu es-
cudo de mote *Plus ultra* y las columnas de Hércules.

[FOLIO 178 V.]

BREVE DESCRIPCIÓN DE LOS HECHOS DE CARLOS QUINTO, EMPERADOR ROMANO.

[1]

¡Oh Carlos, que iguales tu nombre con tus santas virtudes;
Carlos, con quien no tiene comparación ninguna gloria del mundo!
Créeme que al huir los primeros rayos de la aurora en tu nacimiento,
las Parcas se regocijaron en señal de presagio próspero.
Contigo, pues, invicto, nuestra madre Alemania y toda la Tierra
está preparada para darte las gracias, ¡oh Carlos!
Yo por mi parte escribiré brevemente las empresas que tú mismo llevaste a cabo,
y que darían materia para escribir muchos volúmenes a un historiador más docto.

[2]

Después que Maximiliano rindió el tributo a su destino,
recibió las riendas del Imperio su nieto;
aun no había cumplido veinticinco años,
y ya todos aclaman a César Emperador.
El Príncipe Palatino le lleva la siguiente noticia
que le habían dado los electores con las formalidades de rúbrica:
«Carlos, el Destino dispone que reines en el mundo;
deseamos también que reines entre nosotros; no desdeñes dirigir nuestras empresas.»

[3]

Después de esto, dejando la Hesperia, las remotas tierras británicas
visitó, atraído por la hospitalidad del Rey.

Allí tuvistes el regalo espléndido que siempre tu honor merece, ¡oh Carlos!,
 teniendo por bebida el néctar y la ambrosía por comida.
 Recibió luego en Aquisgrán la sagrada diadema,
 yendo inmediatamente a visitar a los Vangiones,
 resolviendo después confundir a los herejes, incluso las varias
 formas del dogma de Lutero, asistido del deseo de Dios.

[4]

Cuando el Rey de Francia, movido por la envidia,
 comienza a declarar la guerra contra el Emperador,
 en seguida dirige todos sus golpes contra Flandes y
 España; pero vanos fueron todos sus esfuerzos.
 Con tal prudencia, ¡oh inmortal!, obraste, que de tus alabanzas
 será elocuente testigo esta mi mano consagrada.
 Lejos de aquí, huyendo en retirada el francés a sus dominios,
 el César persigue a los franceses hasta destruirlos.

[FOLIO 179 R.]

[5]

Puestos en fuga sus enemigos,
 hace el César con el francés una firme alianza.
 Y para que ésta sea por largo tiempo duradera, une en matrimonio
 a su hermana con el francés, suceso de grata memoria.
 Dirígete luego a Italia con innumerables soldados,
 y la ciudad de Bolonia le ofrece la corona
 a Carlos Quinto, prole de sangre austriaca,
 augusto amante del Imperio y de la religión.

[6]

Volvía de las tierras de Italia en el florido mayo,
 para que cada uno de los suyos pudiera conocer al padre de la patria,
 con la esperanza de hacer bien a la causa de la religión,
 ya que sentimientos discordes se agitaban en el corazón de los próceres.
 Convoca, pues, a sus estados en Aquisgrán, y después de
 largas deliberaciones, no tuvo efecto acuerdo ninguno,
 pues en vano amonestó a quienes ya antes habían sido
 dominados del caprichoso afán de pelear lo mismo contra lo justo que contra lo injusto.

[7]

Convoca después en Ratisbona a los próceres, adonde acudió
él el primero, para atender buenamente al bien común,
cuando los ejércitos turcos invaden las tierras de
Pannonia, desgracia que anuncia la insigne Viena.
Lo cual le obligó, sin haber tratado todos los asuntos,
a salir al encuentro con un ejército innumerable.
Nunca se ha visto un ejército tan grande
como el que entonces el César llevó a la oprimida Austria.

[8]

Una vez hecha la paz por los límites de Germania,
lleva contra la Libia sus espadas brillantes, dardos y teas,
reponiendo en su reino al prófugo Rey de la antigua Túnez,
el cual gobierna sus reinos bajo la protección del César, su señor.
Estaba seguro de surcar victorioso las aguas del Tirreno
y venir precipitadamente a sus confines, que son las costas de Ansonia;
pero el Destino había decretado que tu enemigo se resolviera con tanta más crueldad
cuanto *muy grande consideraba tu valor.*

[9]

Quebranta de nuevo el francés la alianza pactada,
dando señales manifiestas de su deslealtad;
juntamente se entiende tu ira calmada,
y prepara con gritos terribles grandes matanzas.
Ataca el francés la ciudad llamada de Landeloch (?),
y allí se arrepintió de haber desertado de la alianza,
pues el César se lanza impertérrito contra sus enemigos,
peleando por la religión y por la patria.

[10]

Argel, tú conoces el valor aguerrido del César
y su magnánima piedad.
Cuando su fuerte diestra derrumbó tus murallas,
llegó veloz a tus propias puertas.
Cada soldado hace demostración de sus heroísmos,
y, a tu ejemplo, pelea cada vez con más denuedo y arrojo;
pero la empresa le aconseja probar fortuna
en ulteriores tiempos, y regresa por mar a España.

[FOLIO 179 V.]

[11]

Julia, tú conocistes lo que podía el César en las armas
al unirte al francés en firme pacto.
Los puertos abren sus puertas, y las ciudades franquean sus murallas,
y la entrada del César es un timbre de tu gloria.
Habiendo visto esto tu: que Duque Guillermo viene de lejos
y extiende sus manos al vencedor.
Mucho te deben tus siglos, invicto César,
pues volvistes victorioso del enemigo de toda Europa.

[12]

Pone sitio a la ciudad de los Gelves con innumerables tropas,
Avenloa y a otras que pudo vencer.
Pero luego que el Duque supo que estabas allí victorioso,
vuelves, César, con condiciones justas.
Y el soldado, como si no quisiera resistir al francés,
espera la señal cruenta de tu espada.
Para cantar tus triunfos como se merecen,
Homero solo no sería suficiente.

[13]

Sandirisa puede también haber visto el ejército innumerable
que tú dirigistes contra ella, ¡oh Carlos!, en persona.
Tienes la ayuda del Omnipotente, porque supistes cómo debías defender
las causas buenas contra tantos enemigos.
Ocurrirá que vea yo el tiempo de recuperar la paz
cuando sea totalmente confundida la raza de los turcos.
Vendrá el tiempo en que vuelvas alegre después de haber diseminado a tus enemigos
y levantastes gloriosos trofeos a Cristo Dios.

[14]

No sé qué furor o por qué desgracia la enconada Eriume
se apoderó de los montes de los magnates a causa de la religión,
haciendo que desearan rebelarse contra tu señorío, ¡oh César!,
que no puedes haber hecho mal ninguno.
El aire se oscurece satinado de azufrada metralla,
y Auripolis ve los mayores peligros.

Sin embargo, con extraña habilidad, sin derramamiento de sangre, sale victorioso el César, sometiendo a su poder la altiva cerviz de los sublevados.

[15]

Quedaba por hacer la guerra de Sajonia,
que era entonces la única manera de salvar a la patria.
El magnánimo César, no amedrentado por aquella rebelión,
se dirige a Sajonia con fuerzas escogidas.
El César persigue al sajón fugitivo; los clásicos cantan
las guerras que se llevan a cabo; hace al sajón prisionero,
y vencidos sus enemigos, y después de corto tiempo de guerra,
Mauricio te entrega a Sajonia vencida.

[16]

Llevadas a cabo todas estas empresas, como antes dijimos,
somete a su gobierno a sus enemigos;
quiso dar al Imperio una paz tranquila
y restituirlo a un camino estable.
Fué también su propósito prescribir en religión el verdadero culto,
y para extirpar los muchos errores heréticos convoca a una asamblea
a los próceres del Imperio, a cuyo llamamiento augusto
concurrer sin demora todos los príncipes.

[FOLIO 180 R.]

[17]

Pasados algunos meses visita el César a España,
preparando con gran esfuerzo llevar sus ejércitos contra el francés,
pues éste, movido por la envidia, no había cesado
de perturbar con continuos desórdenes los reinos del César.
Está, sin embargo, en la tierra la imagen del Omnipotente,
y en el cielo resplandece su cándida justicia;
ambas cosas refrenaron las prolongadas molestias del francés.
Que nunca deja Dios a los suyos en el mundo sin remedio.

[18]

Ataca el Rey con todas sus fuerzas a Milán, y
se apodera de la ciudad con un avance simulado.
Después que llegó a Pavía se traba la pelea por ambas partes;
es hecho prisionero el francés, y tiembla toda la Francia;

turbación que se extiende por los campos, y a cada paso la multitud campesina, enfurecida, ella misma da muerte a sus señores. Dios, sin embargo, mirando luego por el bien de estas cosas, envía la paz desde las excelsas mansiones celestes.

[19]

Después Carlos contrajo matrimonio en Sevilla con buenos auspicios. Entonces el inglés, Venecia, Francia y el Papa forman alianza y hacen juramento, ¡oh gran Carlos!, de atentar contra tu vida. Tu ánimo no se acobardó, sino que, por el contrario, más atrevido, salistes a su encuentro, haciendo que tus enemigos se sometieran a ti; y Roma, cabeza del orbe, pasó a tus dominios, lo cual antes habían intentado los cimbros con malos auspicios.

[20]

Te dirigistes a Génova, sometida a la servidumbre del Rey de Francia, ciudad acostumbrada muchas veces a rechazar con pérdidas a los atacantes; la tomastes por la fuerza, arrasando al gran ejército francés, y la ciudad deja de pertenecer a su dominio. ¿Qué más diré, oh César? En tu tiempo fué conquistada Florencia, experimentando tú mismo gran alegría al darles un jefe a sus ciudadanos. Todo lo debemos a ti, pacífico César, ante cuya presencia nace la paz sin fin.

[21]

Venecia, aliada con el francés, atacó la rica ciudad de Apulia. Un gran dolor se apodera de mí al cantar con estos hechos desventurados, pues la peste, enfermedad cruel que acostumbra a consumirlo todo, tuvo a bien desolar los campamentos franceses. Carlos, ¿quién duda que en la Tierra pelea en tu favor el que conmueve y rige los cielos? Para que, vencíendote a ti mismo, seas más fuerte aún, y dar lugar a que aumenten estos excelsos elogios en tu alabanza.

Respecto a los códices miniados de la Biblioteca Nacional escribió don Antonio Paz y Melia varios artículos, bajo el título de *Códices más notables de la Biblioteca Nacional*, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1), donde aportó noticias de verdadero interés para nuestro suje-

(1) Primera época: VII, págs. 124 y 141. Tercera época: I, págs. 348 y 506; II, pág. 5; V, páginas 145, 289 y 451; VI, pág. 17; VII, pág. 439; VIII, pág. 36; IX, pág. 102; XI, pág. 437; XVI, pág. 201.

to. El citado autor quejábese en su primer trabajo, dedicado especialmente a *El «Libro de horas» de Carlos VIII de Francia*, de la falta de inventarios, porque debido a ella no podían conocerse a punto fijo las riquezas existentes, y declaraba necesario que se hiciesen catálogos razonados de aquellos tesoros que aun nos quedan. Nada más exacto; porque, en verdad, en ésta como en toda otra materia se observa la carencia de tan preciosos elementos de trabajo, y por ser tan raro el fondo español que los tiene hechos es tan dura la labor del investigador, así cuando busca documentos como cuando va tras la iconografía, si es que no tropieza además con otras rémoras que le fatigan inútilmente; y aunque parezca increíble, ninguno contribuyó a hacer desabridas y penosas las buscas en la Sección de Manuscritos de la Nacional como este señor, que pedía ese catálogo general, insistiendo durante el tiempo de su jefatura en la Sección nombrada en guardar en el absurdo fondo llamado *Reservado* precisamente lo más selecto, importante y digno de estudio, fuera del alcance del estudioso, seguramente con la noble codicia de llegar a tener los medios y el tiempo suficientes para dar cabal noticia de lo que conoció al paso de estar cumpliendo con un deber, o acaso sujetándose a un reglamento hecho con plan y espíritu muy limitados.

Este criterio era en aquel tiempo tan general, que aun hoy en algunos

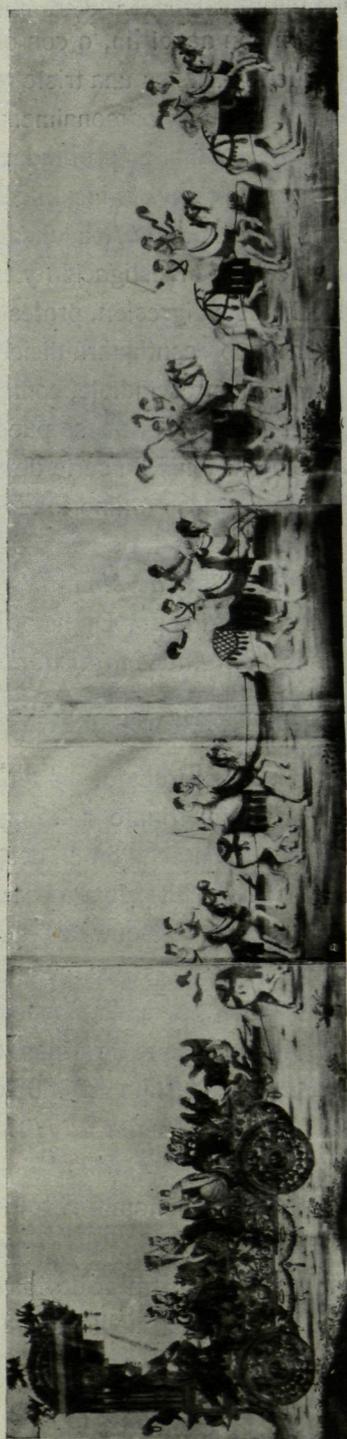


Fig. 55.

de los que quedan de él está tan arraigado, que se resisten a servir lo que apartaron con aquel fin, o con el de que no se manosease.

Como lo dicho es una triste realidad resignadamente soportada por todo aquel que directa y personalmente estudia, vuelvo a repetir que la faena del historiador español es profundamente árida, por serle contrario el ambiente, la organización y la incalificable presunción de los que se pavonean por salones de eruditos y Academias luciendo el saber y las plumas que otros afilaron con su investigación y trabajo.

Hecha esta digresión, protesta justa contra todos los que especulan con el saber ajeno, continuaré diciendo que si para conocer las *miniaturas* del Escorial es imprescindible, como se ha visto, la obra sobre los *Códices latinos* del P. Antolín, no se pueden olvidar, para tener noción de las de la Biblioteca Nacional, la serie de artículos del Sr. Paz y Melia.

Existe en dicho último fondo una vitela del carro del triunfo del Emperador Maximiliano I, de que dió, por una parte, noticia en precioso artículo titulado *El triunfo de Maximiliano I*, dado a la estampa en el primer tomo de la obra dirigida por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, denominada *Museo Español de Antigüedades*, que vió la luz en Madrid en 1872, don Isidoro Rosell; y por otra, M. Thausing en *Albert Dürer: Sa vie et ses œuvres* (1).

Rosell, en su trabajo, dió tan sólo a conocer, en rica lámina policromada, el carro del triunfo del Emperador, sin los tiros de caballos que lo arrastraban. Aparecen en él, después del Soberano alemán, abuelo paterno de Carlos I y V, su primera esposa, D.^a María de Borgoña, hija de Carlos *el Temerario*, con la que casó aquél en 1478, teniendo por sucesión a Margarita y a Felipe, los Archiduques, que se unieron al Príncipe D. Juan y a la Infanta D.^a Juana de Castilla; la segunda, Blanca Sforza, hija de Galeazzo Sforza, Duque de Milán, con la que se desposó Maximiliano a poco de suceder en el trono en 1493 a Federico III, su padre, muerto en dicho año. Felipe I y su mujer, *la Histórica*, tienen su puesto después, siguiendo a éstos el heredero, Carlos I de España y V de Alemania, y su hermano, el que fué, con el nombre de Fernando, el primero del Imperio tudesco. (Fig. 55.)

Ya he dicho, al tratar de los *retratos contemporáneos y directos*, que florecían en el gran pueblo alemán al expirar el siglo XV y comenzar el XVI pintores o artistas tan famosos como Alberto Durero, Lucas Cranach y Holbein.

(1) París, 1878.

ARTE ESPAÑOL

Fué el primero pintor, grabador, escultor y arquitecto, y por él adquirió el grabado gran importancia en dicha época, contribuyendo a ello, más que nada, los suyos en cobre, adelanto que repercutió en los hechos en madera.

Por expreso mandato de Maximiliano, como Thausing en la obra citada nos dice, se grabó en madera el célebre *Char triumphal de l'Empereur* por un discípulo de Durero llamado Hans Burgmair, que solamente se ocupó de los dibujos, según afirmación de Bartsch, quedando el resto de la labor a cargo de otros artistas.

En este cortejo triunfal, según las instrucciones dadas por Maximiliano I en 1512, debían figurar las personas Reales que se han mencionado. Ellas decían: «Puis vien-



Fig. 56.

dra le char triumphal de l'Empereur; il devra être fait de la façon le plus exquise. Sur le char même sera majestueusement assis l'Empereur, vêtu du costume impérial, etc. Le Duc Charles portera sur sa tête une couronne» (1). Thausing afirma que se hizo la obra de 1514 a 1515, y Rosell, sin fundamentarlo, de 1516 a 1519. Mayores noticias de tan amplia obra no caben en esta reseña, tan de suyo sintética.

Entre los códices miniados del mismo fondo nacional existe el *Libro de horas de Carlos V*, en cuya lámina del folio 137 está la figura 57. Perteneció tan riquísimo libro a Carlos I, y en el citado registro va su efigie. Los versos que la rodean son los salmos de David pertenecientes a diversos lugares, pero que se dicen juntos al principio de completas. En castellano son: «Vuélvenos, Dios, a nuestra salud, y aparta tu ira de nosotros; atiende a nuestra ayuda.»

De este códice da detallada noticia el Sr. Paz en el décimo de sus es-

(1) Albert Dürer: *Sa vie et ses œuvres*, pág. 395.

tudios sobre los *Códices más notables de la Biblioteca Nacional*, en el tomo IX de la *Revista de Archivos* (1).

Según el Sr. Paz, lo descubrió envuelto en polvo en un estante de la



Fig. 57.

librería del Cabildo toledano el Sr. Octavio de Toledo en 1869, y alega como justificante de pertenencia la nota que hay en la segunda guarda, que dice: *Hic liber fuit Magni Imperatoris Caroli Quinti* (2).

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo IX, págs. 102 a 109.

(2) *Ídem id.*, pág. 102.

Tiene este trabajo por obra de calígrafos y pintores franceses del siglo XV, y sospecha que fué donativo hecho al Emperador por alguno de sus amigos o admiradores. Las dimensiones de las hojas son de 230 por 151 milímetros.

Ni una sola indicación hace el Sr. Paz de los personajes que aparecen en las márgenes y láminas miniadas con la corona imperial, y ninguna mención de la 137. De la 126 salta a la 138, y de ésta traslada lo que dice, *o sea, Sonsuivent les miracles nre. dame e come marie egipcienne fut conuertie*, no refiriéndose ni al conjunto ni al detalle de la importantísima que reproducimos, y por ende, no nos habla del retrato ni del personaje que lleva la cruz. Atribuyendo el libro al siglo XV, claro estaba que no podía figurarse que fuera Carlos I la figura que en la bella miniatura aparece; ahora, lo que no puede menos de extrañar es que callase la existencia de la misma.

Dada la de la corona imperial en el personaje que lleva la cruz, y su parecido con los retratos de Carlos que pintó Cranach al reproducir las cacerías que dió al César el Duque de Sajonia (1), tengo el *Libro de horas* por obra de la primera mitad del siglo XVI, hecho por artistas influidos por la escuela del *renacimiento alemán*, y no del XV, como Paz lo afirma dos veces (2), y la figura por la propia del Rey de España.

De otro libro miniado es el que aparece en la figura 58. Personaje orante que, a pesar del escudo que tiene la orla al pie, y de estar igualmente inspirado en la escuela anteriormente citada, no le creemos retrato de Carlos I.

Otro hay, de joven, que apareció en la Exposición de Brujas de 1907, y aquí se da a conocer en la figura 59.

Me he referido anteriormente a los privilegios, y de ellos sólo conozco dos con retratos miniados: el de la Biblioteca Nacional en que se dan mercedes a los de Haro, señores de Vizcaya (fig. 56), y el que la amabilidad

(1) De las dos joyas a que se alude, se dará noticia y gráfico al tratar de los cuadros de composición contemporáneos y posteriores al Emperador.

(2) En las páginas 103 y 107.



Fig. 58.



Fig. 59.

Finalmente, en el ya reiteradamente citado libro *Les Chefs d'œuvre d'art ancien à l'Exposition de la Toison d'Or à Bruges MCMVII*, en la sección de miniaturas, aparece el precioso retrato del Emperador (fig. 60) que se encuentra en el riquísimo libro de *Statuts* de dicha Orden, que hoy día posee la Marquesa de Porgès, en París. En 1642 era, según la referencia que allí se da, de D. Baltasar Molynet, y más tarde, como se lee en una nota escrita en la primera cara interior, de la colección de la casa ducal de Osuna.

Contiene dicho códice siete retratos; pero ninguno es superior al de Carlos I. Éste aparece delante de un pórtico, en actitud majestuosa y con gesto de suprema nobleza. El dibujo está hecho con gran soltura y firmeza, y todos sus detalles están ejecutados con absoluta precisión. El pórtico es del renacimiento, y remátalo la corona imperial sostenida por dos ángeles. Al fondo del pórtico hay un paisaje. En este volumen se menciona como último Capítulo en él comprendido el celebrado en Amberes en 1556, y tiene el libro

de Miss Alicia Bould, competetísima investigadora yanqui, nos dió a conocer, procedente del legajo 3.º de Privilegios del Ayuntamiento de Valladolid, pieza 23, que trata sobre la casa de la Red y tiene por data la del 12 de marzo de 1523, documento que lleva en la inicial el retrato de Carlos I.

F. R. Martin, en su monumental obra *The Miniature painting and painters of Persia, India and Turkey from the 8th to the 18th Century* (Londres, 1912), nos da a conocer dos curiosísimas en el volumen primero.



Fig. 60.

las armas de Felipe II. Según parecer general, es la miniatura obra del malinés Juan van Battell.

No sé hasta qué punto cabe en esta sección hablar de una filigrana. Esté o no en su lugar, no quiero dejar de dar la noticia de que D. Francisco Belda mandó a su amigo D. Francisco de Laiglesia una de una serie de billetes de Banco de la emisión de reserva de 1.000 pesetas hecha el 10 de mayo de 1907, fabricada en Madrid, e inspirada en el dibujo del busto en bronce de Leoni. En la carta en que el primero la remitía, escrita en Madrid a 20 de enero de 1908, decía: «Remito a usted una prueba; el molde está hecho, y el papel elaborado en la fábrica de Perrigot-Masure, en Arches.» Este único ejemplar, cuya reproducción fotográfica es casi imposible, lo posee el Sr. Laiglesia en la colección referida.

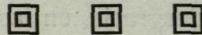
De la escultura y otras variedades hablaré en el próximo artículo.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA,

Colaborador del Centro de Estudios Históricos
y Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

(Continuará.)

(Fots. N.)



Una obra sobre la cerámica de Alcora

APUNTES DE SU LECTURA

CUENTA un humilde monje y gran artífice de la Edad Media que, al comenzar algún experimento tratando de resolver intrincados problemas de las artes de la metalistería y esmalte, invocaba el nombre de Dios, para confortarse con la divina protección y tener más despejado el entendimiento. Nosotros, además de seguir tan alto ejemplo, con ruego de vernos libres de errores y de críticas pasionales y tendenciosas, siempre que escribimos de asuntos de Bellas Artes, nos sirve también de gran estímulo el recuerdo de la gratitud que tenemos a la Sociedad Española de Amigos del Arte, que con tanto cariño, entusiasmo y constancia ha hecho resurgir en periódicas Exposiciones de nuestras artes pretéritas el interés para ellas de todos los buenos españoles y el deseo de estudiar las bellezas

exhibidas y las enseñanzas que de ese glorioso pasado pueden deducirse para la renovación, desarrollo y esplendor de las actuales artes aplicadas en España. Creadoras fueron éstas en todo tiempo de fuentes de riqueza y «nervio principal de vida para el mantenimiento de las repúblicas», como escribieron nuestros economistas y daban al olvido con harta frecuencia nuestros gobernantes en el siglo XVII.

Y fueron esas Exposiciones deleite de los ojos y del espíritu. Y como somos un tanto olvidadizos, quizás por condición de naturaleza, aun de las impresiones más gratas, para hacerlas perdurables, se complementaron con sabias conferencias, dadas en el mismo local de la Exposición, analizando los ejemplares más notables, cerrando luego el ciclo de estas prácticas enseñanzas con la publicación de catálogos con documentada doctrina y gran riqueza de gráficos. Las conferencias y la redacción de algunos de los catálogos publicados fueron obra del Ingeniero industrial y Catedrático don Pedro M. de Artífano, cuya labor ha sido tan seria, profunda y erudita, que está por encima de toda adjetivación encomiástica *ad usum*.

En ese renacimiento, reivindicador de tantas legítimas glorias artísticas, tienen parte principal, con la revista de la Sociedad Española de Amigos del Arte, ARTE ESPAÑOL, que dirige el ilustre Barón de la Vega de Hoz, algunas más, no muchas, por desgracia, en las que firmas de investigadores y maestros tan esclarecidos como Cedillo, Mélida, Vives, Tormo, Gómez Moreno, Lampérez y Sánchez Cantón, entre otras, son prenda segura de acierto y de que el camino emprendido tan brillantemente no ha de interrumpirse, a pesar de que la mayor parte de las veces obtengan como recompensa de su meritorio y constante trabajo lo que nuestro famoso sastre del Campillo.

Yendo nosotros, si bien a la zaga, por tal camino, no podíamos, en el curso del comento de estas materias, echar en olvido la *Historia de la cerámica de Alcora* que ha escrito y dado a la estampa el Sr. Conde de Casal, noble por su estirpe, y de no inferior linaje espiritual por el talento compilador, crítico y de fina percepción que ha mostrado tener, y por la largueza casi pródiga, para los tiempos que corremos, con que ha editado su trabajo, ilustrándolo con ochenta y dos láminas de fotograbados en negro, bicolors y tricromías, para mayor explicación del texto; enriqueciendo de esta suerte con un ejemplar modelo la bibliografía de Arte en España. Y ciertamente es modelo de obras históricas modernas, porque cumple cuanto preceptúan los últimos estudios de metodología y crítica histórica aplicables a las artes industriales.

Historiando un *tipo* cerámico, no cabe hacer más de lo que ha hecho Casal. Analizar las pastas, comparar los análisis de las de Alcora con los practicados con otras semejantes o casi análogas, y deducir en consecuencia. Todo un capítulo, el segundo, está dedicado a estos estudios de los barros alcoreños, cuyos análisis ha practicado mi buen amigo el ya citado ingeniero Sr. Artñano. Esto es el compendio de lo que pudiéramos llamar la parte *íntima*, de lo que en una cerámica, sin el auxilio de la química, no es posible saber con la perfecta precisión que el caso requiere.

Vendrá luego el análisis de las formas, de los colores, de los barnices, de las cubiertas, y, por último, el de las composiciones decorativas, temas todos perfectamente desarrollados en la obra. Del estudio comparativo de las técnicas y proceso de variantes de unidades y composición artística podrán irse deduciendo las influencias que fué recibiendo Alcora de los alfares extranjeros y la que éstos debieron alguna vez a nuestra fábrica. Se determinan así, con feliz acierto, las agrupaciones y división de épocas, logrando por el examen de la *factura* de los ejemplares, sin perjuicio de los que acrediten estampadas fecha y firma del autor, precisar en muchos casos el año en que fueron fabricados. La compulsión de dudas o de afirmaciones concretas la hace Casal examinando cuanto escribieron pertinente al asunto los profesores más peritos en la especialidad: Devillier, Garnier, Carrand, y muy singularmente el eclesiástico Requín.

Y completa su admirable trabajo presentando casi con profusión auténticas fuentes escritas, comprobaciones documentales, autógrafos de los artistas, relación de contratos que con éstos celebraron los dueños de la fábrica, una gran colección de recetarios y fórmulas que se pusieron en práctica, decretos y otras disposiciones oficiales, como privilegios de exención de tributos, y, por último, los antiguos reglamentos, ordenación interna de la vida industrial por que se regían sus artistas, obreros y directores. Precisamente estos reglamentos y ordenanzas que desde el año 1727 al 1825 vinieron sucediéndose para el buen gobierno de la fábrica, con las variaciones que periódicamente se producen en su articulado, van señalando al observador las extrañas influencias que lentamente fueron modificando ciertos aspectos sociales de abolengo español, caracteres de nobleza y sencillez patriarcales. Y era lógico que así sucediese, siguiendo el curso de la corriente de extranjerismo que predominó en España principalmente durante el siglo XVIII.

En tres épocas clasifica el autor la producción de Alcora. La primera comienza en el año 1727, fecha de fundación de la fábrica por el Conde de

Aranda, D. Buenaventura. Contrató éste algunos artistas de la fábrica de Moustiers, cuya loza en el primer tercio del siglo XVIII gozaba fama de ser la más fina y bella que se hacía en Francia, y vinieron como pintores los ceramistas franceses Eduardo Roux y José Olerys, que ejecutaron en Alcora los dibujos a lo Bérain y los grotescos, moda predominante en aquellos años. Cuando Olerys regresó a Moustiers, impuso allí la policromía en las decoraciones, que había aprendido durante su estancia en Alcora.

No debe acusarse al Conde D. Buenaventura de haber sacrificado el arte español para imitar el arte extranjero en la industria que fundó, pensando que miró y atendió más el aspecto práctico y remunerador que el artístico y patriótico, porque fué, por el contrario, hombre magnánimo y altruísta, que empleó su saber y caudales buscando el engrandecimiento de España en el campo industrial, predicando con el ejemplo a la Nobleza y a los hidalgos españoles, en una centuria en la que todavía se consideraba como oficio poco menos que vil el ejercicio de profesiones industriales; idea ésta muy acomodada al espíritu de ociosidad e indiferencia dominante entonces en las altas clases sociales, que no ignoraban que desde Fernando *el Santo* hasta Felipe V, todos los Monarcas españoles, en sus pragmáticas, habían disipado las dudas de los presuntuosos holgazanes, manifestando que podía ejercerse la ganadería, el comercio y la industria sin menoscabo alguno para los linajes.

Además, que ese aspecto del daño a la originalidad *absoluta* de un arte no es defendible, porque ni España ni otro país lo han tenido con el carácter de pureza pretendido por algunos. Los cruces de influencias y las infinitas ramas que de ellos nacen y luego se independizan, es materia tan intrincada como corriente en todas las civilizaciones; la dificultad se halla precisamente al tratar de desentrañarlos. Y puesto que de cerámica tratamos, podemos aducir, dentro del siglo XVIII, entre mil ejemplos de falta de pureza o carencia de pristina originalidad, las fabricaciones de Moustiers, Rouen y Marsella, y las cerámicas italianas de Savona, Pavía, Milán y Génova, todas ellas influenciadas con el predominio del color azul durante mucho tiempo, y con las decoraciones de *chinerías* y *japonismos* que, mejor o peor interpretadas por Delft, invadieron el campo de la industria cerámica en Europa, importadas del Extremo Oriente; influencia fué que ejerció para su beneficio la famosa Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que desde los comienzos del siglo XVII había ido desarrollando sus operaciones. Lo que hizo el Conde D. Buenaventura en 1727 respecto

a Moustiers, lo había hecho Francia casi dos siglos antes, imitando en sus fábricas de Nimes, Lyon y Nevers las cerámicas italianas del renacimiento, contratando alfareros italianos en dichas fábricas; y con tal perfección imitaron, que sus productos se estuvieron clasificando como italianos hasta que el profesor Darcel hizo en 1864 la debida distinción. Pero nada de lo que anteriormente decimos resta mérito a esos alfares que, a través de to-

Fig. 1.^a

(Fot. N.)

das las influencias, supieron imprimir en muchas de sus piezas, como ocurrió en Alcora, un *acento* de elegancia y de encantadora gracia que las hace singularizarse.

* * *

En la calificada como primera época de Alcora, entre todos sus artistas pintores se destaca el famosísimo Miguel Soliva, considerado como el principal artista español que tuvo la fábrica; ejecutó *chinerías* y *caprichos*, que eran temas de moda, y decoró variedad de placas, salvillas, aguamaniles, etcétera, poniendo en todos sus trabajos el timbre genial de un pincel tan lozano en la inventiva como fácil para la adaptación a los gustos extraños. Firmada está la placa (fig. 1.^a) propiedad de la Sra. Duquesa de Fernán

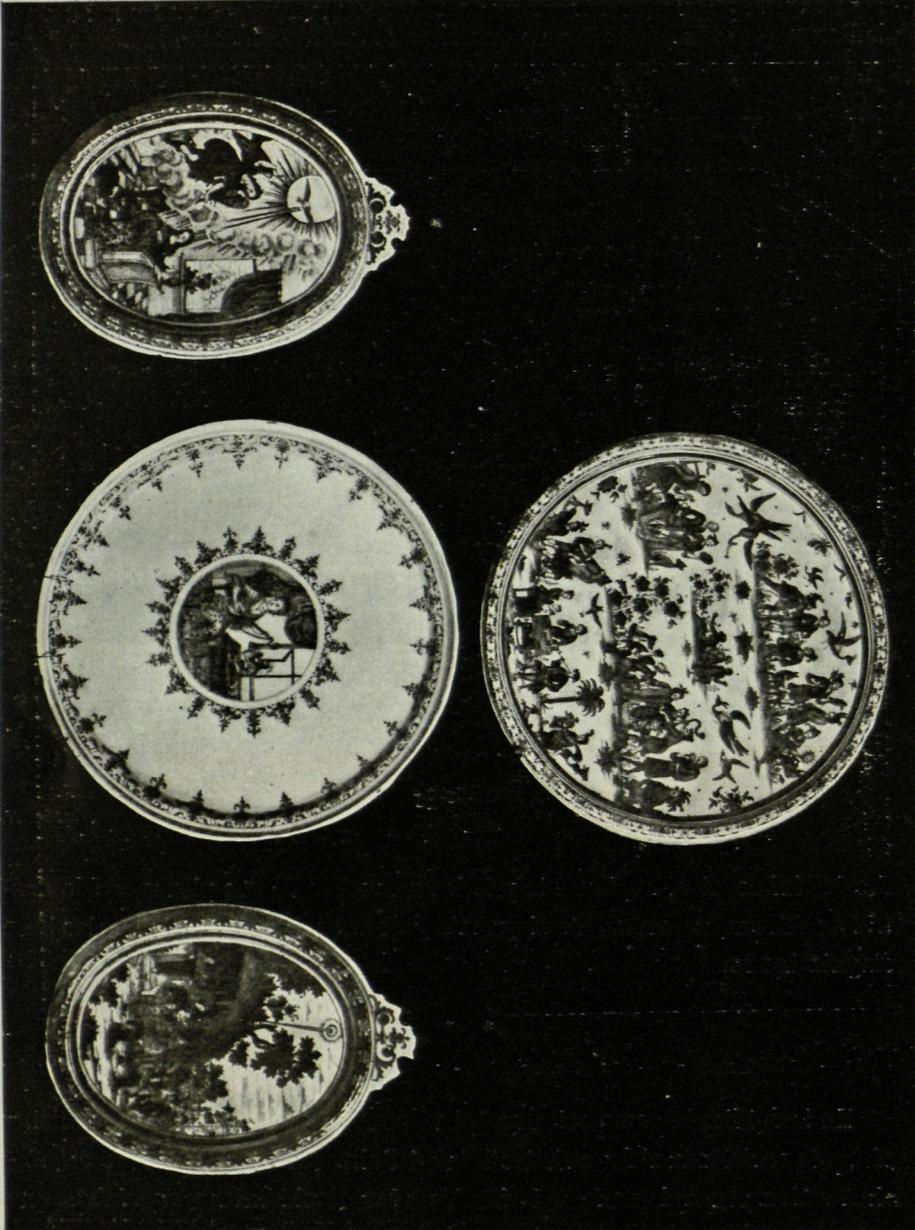


Fig. 2a

(Fot. N.)

Núñez, placa que, a juicio del Conde de Casal, es la obra más hermosa que se conoce de Soliva, y tal vez la más importante de cuantas la fábrica produjo. Tiene 50 por 44 centímetros. Representa a Hesiona, hija de Laomedón, y el asunto es, dice Casal, «el trágico pasaje mitológico en que la hija del perjuro Rey de Frigia es libertada del monstruo enviado por Neptuno para castigar la informalidad del padre, que, después de haber obtenido el favor de los dioses en la guerra contra los troyanos, se negó a cumplir el voto ofrecido». Es un verdadero cuadro, inspirado en la fecunda musa de Ovidio. Las carnes de los personajes representados toman el tono azulado, muy característico de las producciones de Soliva. También del pincel de Soliva son (fig. 2.^a): una salvilla, género *chinesco*, de la colección Casal; otra salvilla representando una dama del siglo XVIII, de la colección del Conde de las Almenas, y dos placas policromadas, con asuntos religiosos y de expresión genuinamente española, de la colección de D. Félix Boix.

Pertenecientes a la colección Casal, y de la primera época, son (figura 3.^a) dos botes de botica y dos pirámides policromadas, estilo Bérain, que también puede denominarse del buen gusto, y cuya riqueza decorativa corresponde al más bello período que tuvo Moustiers; a la misma colección y época pertenecen el aguamanil, género *chinesco* policromado, y un busto de negro destinado para adorno de mesa.

Es imposible, en la brevedad de un artículo, fijar la atención y dar cuenta del sinnúmero de interesantes detalles contenidos en los trece nutridos capítulos que componen la primera parte de la obra, porque es un verdadero archivo de enseñanzas y datos, y para ser comentados detenidamente se necesitaría mucho tiempo y darían lugar a un libro. Así, por ejemplo, cuando del pintor José Causada, que trabajó en Alcora en su primera época, desde 1743 a 1750, nos dice que marchó como escapado a Talavera, y que a este pintor, como a otros artistas de la época de Carlos III (citados por el competente investigador y ceramista D. Platón Páramo), se debe la enseñanza en Talavera «del estilo alcoreño, con sus platos orlados, el azulado encaje y los múltiples objetos que por sus formas y decorado se confundirían con los producidos en los talleres de los Aranda, de no reflejar su peculiar y artística tosquedad». La lectura de lo anterior nos movió a reflexionar que precisamente esa invariable *tosquedad* de la obra de Talavera, tan constante y fecunda en producción, tiene su arranque y raíz seguramente en el arte popular castellano, el menos alterado por los cruces que respecto a la cerámica hemos tenido. Los admirados y queridos alfares talaveranos, los que habían producido en pasadas centurias todo el

ajuar cerámico para el servicio de las casas castellanas y leonesas, gran tenacidad y firmeza hubieron de tener, al pasar por tantas obligadas influencias e imitaciones de ejemplares italianos y franceses, para que no se per-



Fig. 3.ª

(Fot. N.)

dieran del todo las viejas tradiciones de forma y decoración de aquellos sus vasos, pichelos, galletas, modorrillos, tinajuelas y jarras vinaderas, cuyas excelencias tantas veces pregonaron los poetas, troveros y prosistas del siglo XV, enamorados de los ricos vinos de Yepes o de Madrigal que con ellos se escanciaban.

La segunda época de la fábrica de Alcora está caracterizada por la aparición en ella de la porcelana, con los primeros actos, en 1749, del décimo Conde de Aranda, D. Pedro Pablo, hijo y sucesor del fundador, y años más tarde primer Ministro de Carlos III. Hasta esta época, sólo había fabricado Alcora lozas policromadas.

La clase de porcelana que se hizo en Alcora fué una de las especies *de la tierna*, a base de piedras calizas, especificada en la mayor parte de los casos por la existencia del nitro, siempre de álcalis como fundentes, cal en cantidad muy grande, y sales potásicas como complemento: son los componentes hallados en los varios análisis que verificó el Sr. Artiñano.

Es indudable el acierto que tuvo al introducir en su fábrica D. Pedro Pablo lo que constituía una gran novedad cerámica en Europa y un formidable peligro para la vida industrial de los alfares que no siguieron la corriente de la moda, que daba preferencia, con razón, a los productos de porcelana. Muchas fábricas, años antes, en el afán de lograr la belleza del colorido de la porcelana y no ser en absoluto vencidas por ese nuevo género, introdujeron una innovación en la técnica, pintando sobre esmalte al fuego de mufla, ya que este medio les permitía usar una paleta más rica en colores y matices que la que se venía empleando con el «gran fuego». Pero Alcora, como Sajonia, Sèvres y otras, resolvió el problema fabricando con variados recetarios, nacidos de las experiencias de muchos tanteos, porcelanas tiernas o artificiales, en las que obtenían los caracteres de vitrificación y translucidez sin necesidad de emplear mayor temperatura que la de 1.150 grados. Tenían muy en cuenta que en las industrias de artes aplicadas el estancamiento o falta de renovación es la muerte, y que por esas causas, fábricas tan importantes y famosas como las de Rouen y Moustiers caminaron rápidamente por la pendiente de la decadencia, hasta el extremo de que esta última dejó extinguir sus hornos a fines del siglo XVIII; Marsella sólo poseía una fábrica en 1809.

Y no debemos inculpar de estos males sólo a la voluble moda, con sus preferencias por las porcelanas orientales, ni a este género cerámico, pues el más formidable competidor en la industria europea en el último tercio del siglo XVIII fué el inglés Josiah Wedgwood, que en 1768 fundó en Inglaterra su fábrica «Etruria», y sin necesidad de fabricar porcelana, con sólo modificar las formas y decoraciones hasta entonces en uso, causó una revolución en la industria y se apoderó del mercado europeo, reproduciendo tipos inspirados en los vasos griegos; fabricando bustos, camafeos, entalles y placas; decorando con ellas los muebles más suntuosos, y haciendo

todos sus trabajos con la característica particularidad de destacar en bajo-relieve las decoraciones por medio de una tierra blanca finamente modelada sobre fondo de otro color, siendo el fondo azul el que obtuvo mayor éxito. Fué el acierto obtenido por un gran temperamento artístico; aunque substancialmente la obra de Wedgwood, en cuanto a las formas y aplicaciones decorativas en relieve se refiere, no fuese invención suya.

* * *

De la segunda época de Alcora son (fig. 4.^a) los grupos y figuras que en loza blanca, de fino esmalte y correcto modelado, posee el Marqués de



Fig. 4.^a

(Fot. N)

la Calzada. De estos modelos, y de campesinos, músicos, figuras de tipos españoles, bailarines y jardineros a estilo de Dresden, hizo muchos Alcora en media porcelana y en tierra de pipa.

Ejemplo de la magnífica azulejería que ejecutó Alcora dentro de la segunda época es un medallón (fig. 5.^a) con asunto galante o amatorio del siglo XVIII, que ocupa el centro de la solería del salón principal de la actual fábrica.

Triste contraste debieron de apreciar por entonces nuestros antepasados, los que fueran amantes de nuestras artes industriales. Durante muchos años, las placas de loza de Wedgwood, con sus lindísimos relieves, fueron

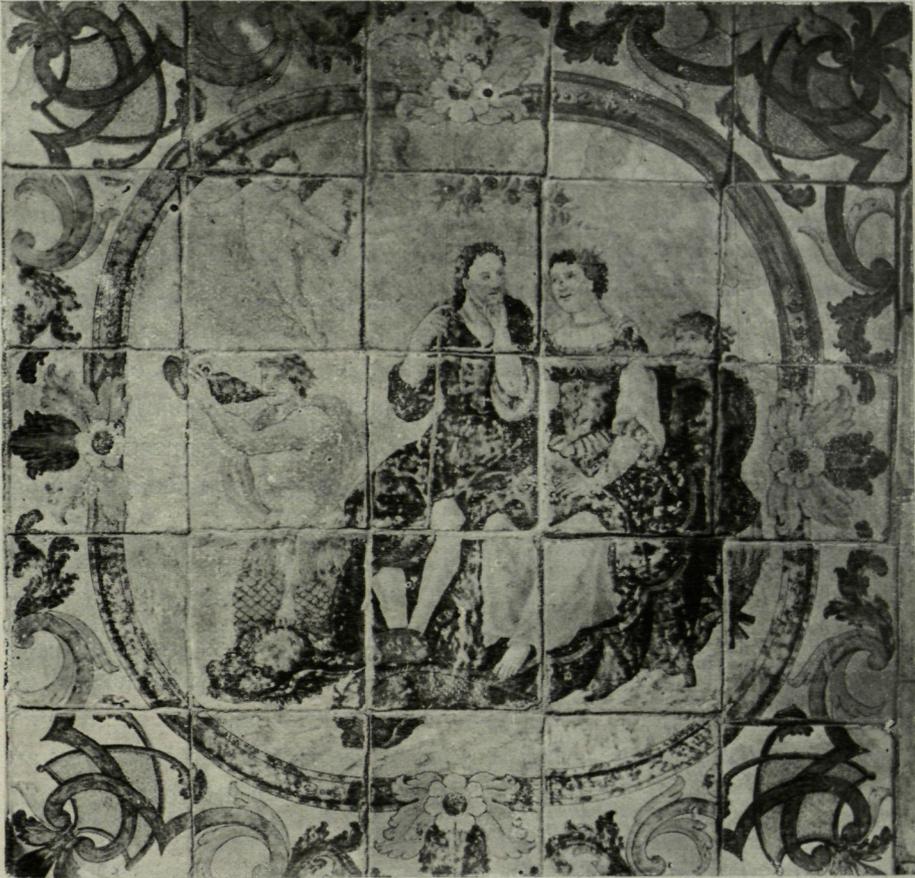


Fig. 5.^a

(Fol. N.)

un rico ornato en las más linajudas casas españolas: decoraban relojes, candelabros, camas, mesas, sillas, tabaqueras, botones, etc., y se aplicaban en estrechos y corridos frisos y cenefas en las paredes de los retretes de las damas. Por el mismo tiempo se destinaban a paramentar los arrimaderos de las escaleras, pasillos y cocinas los no menos bellos y españolísimos azulejos de Alcora, decorados con escenas y tipos populares.

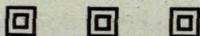
* * *

Aquellos buenos propósitos de Felipe V de restaurar nuestras industrias e implantar otras existentes en el Extranjero y desconocidas en España, no los pudo llevar a la práctica. Los que inició Fernando VI, verdadero padre de una porción de beneficiosas medidas que él preparó en la relativa tranquilidad de su reinado y que luego realizó Carlos III, llevándose éste en gran parte las alabanzas debidas a su hermano; las reglamentaciones proteccionistas para nuestras manufacturas; las dispensas de gabelas y tributos; las exenciones en el servicio de las armas en favor de los maestros, oficiales y aprendices de nuestras fábricas, etc., todo fué ensayado, intentado y aplicado con mejor deseo que éxito por nuestros primeros Monarcas de la Casa de Borbón, persiguiendo el engrandecimiento industrial.

Desde el más alto al más humilde de nuestros ciudadanos, sentimental o prácticamente, todos sentían igual anhelo; pero nada útil se consolidaba, ninguna disposición beneficiosa llegaba a lograr arraigo, por el continuo tejer y destejer que en nuestro gobierno interior nos imponía la veleidad de la política extranjera, más atenta a su beneficio que a nuestro medro.

No había de ser la fábrica de Alicora una excepción, no podía serlo con tal ambiente, y sufrió las consecuencias como todas las demás manufacturas españolas; y al llegar su tercera época, en 1798, en que hereda el condado de Aranda el Duque de Híjar, se va manifestando en ella la inevitable decadencia, que pocos años después se acentúa más, debido a la guerra de la Independencia y a las innúmeras revueltas políticas que hubo en España, cuyos mortales efectos se habían de dejar sentir principalmente en nuestras industrias artísticas. Que sabido es que estas artes, como muchas otras manifestaciones de la actividad, sólo pueden nacer y acrecentarse en el medio de paz y buen gobierno en que siempre debieran vivir los pueblos para bien de la Humanidad.

LUIS PÉREZ BUENO.



MISCELÁNEA

El palacete de la Moncloa. — Encargada la Sociedad Española de Amigos del Arte de la conservación y restauración de este edificio por el Ministerio de Fomento, la Junta de Patronato del mismo, constituida por la Directiva de nuestra Sociedad, acordó adelantar la cantidad indispensable para las obras de seguridad y saneamiento del local, habiéndose arreglado los tejados, cambiado maderas y hecho de nuevo desagües y alcantarillas, bajo la dirección del arquitecto D. Luis María Cabello y Lapidra.

Esta importante reforma se ha llevado a cabo teniendo en cuenta la Junta el lamentable estado de algunas partes del edificio, y ante el fundado temor de que las lluvias del invierno continuaran la destrucción total iniciada.

Con esta reforma podrá llevarse a cabo la completa restauración siguiendo un plan meditado, en cuya formación se ocupan con asiduidad los Sres. Marqués de Comillas, Duque de Parcent, Conde de Casal, Marqués de Montesa y D. Joaquín Ezquerria del Bayo, que constituyen la Comisión nombrada al efecto.

* * *

Biblioteca de la Sociedad Española de Amigos del Arte. — Con el fin de instalar en nuestro local una biblioteca que sirva a los socios de consulta y entretenimiento, se dirigió por los Sres. Presidente y Secretario una carta circular a los asociados, rogándoles cedieran a la Sociedad las obras que estimaran, relacionadas con las artes.

Entre los donativos recibidos hasta la fecha figuran los de la Duquesa de Parcent, Conde de Cerragería, Barón de la Vega de Hoz, Conde de Casal, D. Santiago Alba, D. Mariano Benlliure, D. Antonio Méndez Casal, D. Juan

Martínez de la Vega, D. José María Florit, don Antonio de Gandarillas, D. Miguel Ángel Conradi, D. Luis María Cabello y Lapidra, D. Gustavo Morales, D. José A. Weissberger, D. Antonio Prast, D. Fernando de Bascaran, Dirección General de Bellas Artes y Junta de Iconografía Nacional, y hay anunciados otros muchos, de los cuales daremos cuenta oportunamente.

* * *

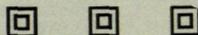
Academia Universitaria Católica: «El Arte en el Hogar». — Esta cátedra, fundada por nuestra Sociedad en 1917 para divulgar entre las señoras el conocimiento del arte español, inaugurada por el Barón de la Vega de Hoz, que dedicó el primer curso al estudio de la casa española, será este invierno desempeñada por nuestros consocios D. Miguel de Asúa y D. Luis María Cabello y Lapidra, que continuarán explicando distintos e interesantes aspectos de las Bellas Artes y de las artes industriales.

* * *

Recientemente ha sido concedida por el Gobierno de S. M. la gran cruz de Isabel la Católica al ilustré español, residente en San Francisco de California, D. Juan C. Cebrián.

Nunca se ha otorgado con más justificación una recompensa, porque este insigne patriota ha dado constantes muestras de su amor a España, consagrando en San Francisco de California un monumento a Cervantes, publicando gran número de obras de escritores españoles para regalar a los Centros de enseñanza, y favoreciendo a muchas Sociedades culturales con importantes donativos.

Reciba nuestro ilustre consocio la más sincera y expresiva felicitación.



LIBROS NUEVOS

Relaciones geográficas, topográficas e históricas del reino de Valencia. — Hechas en el siglo XVIII a ruego de D. Tomás López. Las publica con notas, aumentos y comentarios Vicente Castañeda y Alcover. — *Alicante. — Castellón de la Plana.* — Imprenta de la *Revista de Archivos*, Madrid, 1919.

Continúa D. Vicente Castañeda y Alcover dando a la publicidad notables e interesantes trabajos históricos, en los que muestra sus buenas dotes de investigador, descubriendo aspectos y sucesos de la Historia muy importantes y de utilidad para completar estudios generales, y que tienen además interés para los aficionados a las viejas lecturas.

La historia del antiguo reino de Valencia, sus leyes, costumbres, tradiciones, personajes, etcétera, han sido tema preferente de los estudios del Sr. Castañeda, habiendo dedicado con particularidad a este reino varias de sus publicaciones.

El presente libro, *Relaciones geográficas, topográficas e históricas del reino de Valencia*, está hecho a base de un legajo de manuscritos que, procedente de la biblioteca de Sancho Rayón, vino a poder del Sr. Castañeda.

Este legajo contenía la historia y geografía de multitud de pueblos del antiguo reino de Valencia, hechas a la manera de las relaciones de la época de Felipe II, y llevadas a cabo en tiempos de Carlos III.

Estas relaciones fueron hechas en los pueblos respectivos por indicación del geógrafo de S. M., D. Tomás López Enguידanos, quien después las completó con detenimiento, añadiéndoles mapas dibujados por su mano que avaloraron los trabajos efectuados, dándoles mayor importancia.

Con tan interesantes materiales, el Sr. Castañeda ha reunido en este libro — que comprende las provincias de Alicante y Castellón de la Plana — datos y noticias que, por ser originales o desconocidos, tienen mayor interés y ofrecen muy curiosas particularidades y enseñanzas.

Pero esta labor del Sr. Castañeda tiene mayor mérito porque, al presentar copiado el manuscrito, al dar cuenta de los distintos pue-

blos que comprende, a cada uno de ellos dedica amplias y documentadas notas sobre su fundación, historia, leyendas, preeminencias, etcétera, seguidas de comentarios muy acertados y de gráficos que aclaran y dan mayor valor a los originales encontrados.

De la provincia de Alicante se relacionan los pueblos de Almoynes, Altea, Benisa, Benisiva, Calpe, Callosa den Sarriá, Cartalla, Guadalet, Guardamar, Jávea, Muchamiel, Orihuela, Parcent, Rafal, Rafol, Relléu, Sax, Villajoyosa y Villena; y de la de Castellón, los de Alcora, Altura, Castellón de la Plana, Cinchtorres, Cirat, Cuevas de Vinromá, Espadilla, Figueroles, Gaibiel, La Jana, Lucena, Morella, Onda y Simeja.

Muy acertada ha sido la idea del Sr. Castañeda al publicar de manera tan documentada y notable estas interesantes relaciones.

* * *

El palacio Barberini. — Recuerdos de España en Roma, por el Marqués de Villaurrutia, de las Reales Academias Española y de la Historia. — Librería de Francisco Beltrán. Madrid.

El palacio Barberini es un suntuoso edificio construido en Roma en el primer tercio del siglo XVII por el Papa Urbano VIII, el más ilustre miembro de la familia Barberini. Por su amplitud, hermosa fachada, decoración interior, muebles, pinturas, esculturas, etc., superaba a los de la época, y en el siglo XVIII se reputaba como tal, conservándose actualmente en muy buen estado.

Pero este palacio tiene interés para los españoles porque en su piso principal, que ocupa desde hace tiempo la Embajada de España cerca del Rey de Italia, fué donde estuvieron alojados desde 1812 a 1819 los desterrados Reyes de España, Carlos IV y María Luisa, y en una de sus estancias murió la Reina, estando expuesto el cadáver durante cinco días en el que hoy es salón del Trono.

Conocidos son los libros publicados por el ilustre Marqués de Villaurrutia, por el interés

y la amenidad que en sus trabajos sabe poner, y, sobre todo, por el notable estilo con que están escritos. Estas características de su obra literaria se manifiestan de manera perfecta en el presente libro, uno de los mejores que conocemos de sus estudios históricodiplomáticos.

El palacio Barberini da motivo al insigne escritor para dar cuenta de las relaciones diplomáticas entre España y el Vaticano desde la fundación del palacio hasta la época en que en el mismo estuvieron alojados Carlos IV y María Luisa, de aquellos acontecimientos de mayor relieve en que intervinieron los embajadores y las personalidades de las distintas épocas, con curiosos pormenores de la vida, intrigas y relaciones de los mismos, así como de las embajadas extraordinarias y de las reuniones de los consistorios.

Muy importante es el capítulo que dedica a la estancia de Carlos IV y María Luisa en el palacio y a los sucesos en que éstos fueron parte con Godoy, vigilados por Vargas Lago por encargo de Fernando VII.

Muéstrase en este libro su autor muy aficionado a las Bellas Artes, y así, relata en él los cuadros, esculturas, tapices, etc., que adornaron el palacio, los artistas que pintaron los retratos de los personajes que figuran en el mismo, así como la estancia en Roma de Velázquez y de otros pintores, dando muy curiosos datos sobre estas materias.

* * *

El castillo de San Felipe, de Mahón. — Monografía histórica, por Xavier Dusmet Arizcún. Con prólogo de D. Francisco Hernández Sanz. — Imprenta de F. Trayol. Mahón, 1919.

Conocida es la importancia que en la Historia ha tenido la plaza de Mahón desde la época fenicia hasta principios del siglo XIX, pues, por su situación, fué presa codiciada de todos, cayendo en poder de unos y otros, hasta incorporarse definitivamente a España.

El castillo de Mahón, ya como plaza defensiva cuando la isla estaba en poder de los romanos, adquirió gran importancia en tiempos de Felipe II — de quien recibió el nombre — por las obras que en él se hicieron, convirtiéndolo en una verdadera fortaleza, para impedir los asedios que contra la plaza dirigieron el célebre pirata Barbarroja y otros.

Tres veces estuvo el castillo, y por tanto la

plaza, en poder de Inglaterra, y otra en poder de Francia, hasta la destrucción que lentamente sufría el castillo, convertido desde hace mucho tiempo en ruinas.

Todos estos pormenores, así como otros curiosos datos sobre la ciudad de Mahón y su castillo, pueden verse en el presente libro, que su ilustrado autor publica acompañado de documentos, planos, fotografías y una bibliografía, que hacen su trabajo más interesante.

* * *

Noticias genealógicas: La ascendencia paterna de D. Rafael de Vierna y Ospín de Urquijo, por el Conde de Urquijo, Correspondiente de la Academia de la Historia. — Imprenta de Emeterio Verdes. Bilbao.

Editado con gran lujo y en tamaño casi de folio, con gran profusión de árboles genealógicos, escudos, retratos y fotografías de casas, el Conde de Urquijo publica un notable y documentadísimo trabajo sobre la ascendencia paterna de su sobrino D. Rafael de Vierna y Ospín de Urquijo.

Estas noticias genealógicas tienen interés no sólo para quien están dedicadas, sino para muchas de las familias de Vizcaya y de la Montaña con la misma relacionadas.

Trátase en el libro de los linajes de Villa (ramas primera y segunda), Vierna, Ospín de Urquijo, Martínez de Lejarza, Tracy, Ibarra, Goicoechea y Arambarri, publicándose los árboles genealógicos de todas estas familias, los de otras muchas y multitud de escudos de estos apellidos y de otros que se mencionan.

La historia de cada una de las familias constituye por sí sola un interesante estudio para la historia general de las Vascongadas y de Santander, y aun de toda España, pues muchos de los personajes biografiados tomaron parte en la gobernación del Estado, en las Milicias, etc.

También es muy curiosa la colección de fotografías de casas solariegas y de retratos que en el libro aparecen, dando la parte gráfica un gran valor a la publicación, porque completa los acertados juicios que en la misma expone su ilustrado y erudito autor.

* * *

El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias), por el Conde de la Vega del Sella. Publicación de la Junta de Ampliación de

Estudios, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. — Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid, 1919.

Cada día se siguen con más interés los descubrimientos paleontológicos y prehistóricos que está llevando a cabo con verdadero entusiasmo y acierto la Comisión afecta a la Junta de Ampliación de Estudios.

Publicada por esta Comisión, y con el número 22, aparece la presente Memoria, dedicada al dolmen de la capilla de Santa Cruz, en Asturias, de la que es autor el ilustrado y competente arqueólogo Conde de la Vega del Sella.

Este dolmen está situado en el interior de la ermita de Santa Cruz, que se halla enclavada en lo alto de un montículo inmediato a la confluencia de los ríos Gueña y Sella, término de Cangas de Onís, formando el dolmen, la capilla y el montículo un interesante grupo arqueológico, por establecer un nexo entre los cultos prehistóricos y el cristianismo.

El autor hace un breve resumen histórico de las civilizaciones que han pasado por Asturias desde la invasión de los árabes, por la relación que con el dolmen hayan podido tener, examinando en otro capítulo las exploraciones realizadas, incluso por él y por otros investigadores, entre ellos, Ambrosio de Morales, P. Luis Carballo, D. Manuel Assas y D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, de las que dice que, fuera de lo que unos y otros dijeron del monumento en sí mismo, incluso lo que él vió en su exploración, no hallaron nada nuevo digno de mención, hasta que lo exploró en 1915 el arqueólogo D. Juan Cabré, y descubrió en la losa de la cabecera una serie de dibujos picados sobre la piedra y otros con trazos en rojo, que forman un conjunto ornamental simbólico de gran interés científico.

Este descubrimiento del Sr. Cabré da mayor interés al dolmen, por los nuevos datos que suministra para el estudio de la prehistoria en la región asturiana, y las pinturas descubiertas son el objeto principal de esta Memoria, porque sirven a su autor para hacer un acabado análisis de las mismas, comparándolas

y relacionándolas con las existentes en España y en el Extranjero, demostrando todo con gráficos, e historiando los dólmenes y las razones que tuvieron los cristianos de los primeros siglos de religión para construir iglesias en el mismo sitio en que aparecieron dólmenes.

Termina su erudito trabajo el distinguido escritor con unas acertadas conclusiones, en las que determina lo que el dolmen fué y su estado actual.

* * *

La Montaña. — *Añoranzas*, por Gustavo Morales. — Casa Editorial Pueyo. Madrid, 1919.

Más de cuarenta años lleva D. Gustavo Morales pasando sus largos veraneos en la hermosa tierra de Santander, en uno de cuyos pintorescos pueblos posee una *casona*.

Su amor extraordinario a la noble tierra montañesa, que conoce palmo a palmo, unido a su espíritu observador, encariñado con las venerandas tradiciones de la región, y al legítimo deseo de transmitir a los demás las impresiones que las estancias de tantos años en la Montaña han dejado en su ánimo, incitáronle a escribir este libro de añoranzas, donde ha dejado, con noble afán, todos los recuerdos y emociones que le ofrecieron las personas y las cosas, y, sobre todo, la espléndida naturaleza de la tierra.

Y eso es este libro agradable y ameno: un libro de amor y de ofrenda hacia las bellezas incomparables de la Montaña, y un recuerdo a los hijos ilustres de Santander y a la franqueza de carácter de sus naturales.

Todo lo más notable e interesante de la provincia aparece en la obra, pues su ilustrado autor presenta los variados aspectos de la misma, para el que desee conocer la Montaña, de Norte a Sur y de Asturias a Vizcaya.

Tierra de tanto ilustre linaje y de tan preclaros hijos es estudiada en este libro, bellamente editado, con ilustraciones que avaloran el texto.

JOAQUÍN ENRÍQUEZ.